EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

VIVIR AL DIA,

COMEDIA

EN TRES ÉPOCAS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON RAFAEL MARIA LIERN.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.—2.°

1876.

VIVIR AL DIA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

EN UN ACTO.

Una coincidencia alfabética.
Un animal raro.
Lo que le falta á mi marido.
Al borde del precipicio.
Dos y tres... dos.
Aurora de libertad.
Una casa de fieras.
¡El mundo en un armario!!
La venida del Mesías.
Un Milord de Ciempozuelos.
Americanos de pega.
Pedro el Veterano.
El retrato de Macaria.
¡El demonio de los Bufos!!!!
La comedianta Rufina.
El impuesto de guerra.
Dos cómicos de provincias.

EN DOS ACTOS.

Una conversion en diez minutos.
Un liberal como hay muchos.
El Can-cán.-¡Atrás, paisano!
Setiembre del 68 y Abril del 69.
¡El Teatro en 1876!!
El príncipe Llla.
Satanás II.
El Diamante negro.

EN TRES ACTOS.

La Almoneda del diablo.
La paloma azul.
La espada de Satanás.
El laurel de plata.
La azucena del prado, zarzuela. [1]
Desde Céres á Flora.
Los amores del diablo.
Vivir al dia.

PIEZAS BILINGÜES.

De femater á lacayo.
Les elecsions d'un poblet.
Un rato en l'hort del Santissim.
En les festes d'un carrer.
La mona de Pascua.
La flor del cami del Grau.
La toma de Tetuan; [2] zarzuela.
Dos pichones del Turia, [3] zarzuela.
La cotorra d'Alacuas.
Telémaco en l'Albufera, parodia.
Una broma de Sabó.
Una paella.
Un doctor de secá.
Zapatero... á tus zapatos.
L'agüelo Patillagroga.
Nubolaeta d'estiu. [4]
Carracuca!!!
La comedianta Rufina.
El que fuig de Deu...
Adan y Eva en Burchasot.
Doña Juana Tenorio.
Arros en fesols y naps.
Dos Adans contra un aserp.
La ocasio la pinten calva.
Volantins en Chirivella.
Chavaloyes.

---

1 Música de D. Joaquin Miró.
2 Id. Id.
3 Música de D. F. A. Barbieri.
4 Id. del Sr. Nieto.

VIVIR AL DIA,

COMEDIA

EN TRES ÉPOCAS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON RAFAEL MARIA LIERN.

Estrenada con éxito extraordinario en el Teatro ESPAÑOL el 11 de Marzo de 1876.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1876.

PERSONAJES.	ACTORES.
ENRIQUETA.	SRTA. D.ª GERTRUDIS CASTRO.
ELISA.	SRA. D.ª SOFÍA ALVERÁ.
DOÑA ELENA.	D.ª EMILIA DANSANT.
PEPITA.	SRTA. GARÓFALO.
JULIA.	SRTA. SISILDE.
UNA CRIADA.	D.ª M. FERNANDEZ.
UNA MODISTA.	
JULIO.	SR. D. MANUEL CATALINA.
ANTONIO.	M. PASTRANA.
DON PRÓSPERO.	G. S. CASTILLA.
ENRIQUE.	J. ROMEA.
DON MANUEL.	J. ALVERÁ.
UN LACAYO.	MOLL.
Convidados de uno y otro sexo.	

La accion de la primera época pasa en una alquería del Cabañal de Valencia; la de la segunda en el jardin de un hótel, cerca de Madrid; la de la tercera en Madrid.

AL SEÑOR DON MANUEL CATALINA.

Justo es que la primera comedia en tres actos que he estrenado en el teatro Español, lleve al frente el nombre de su primer actor.

Á los consejos de usted, á la verdad y buen gusto de su direccion escénica, al delicado esmero que ha distinguido á los artistas en el desempeño de la obra, y sobre todo, á la verdadera creacion que ha hecho usted del papel de Julio, se deben los cariñosos aplausos que el público nos prodiga todas las noches.

Jamás al hacer inventario de mis defectos he tropezado con la ingratitud; y seguro estoy de no encontrarla, si procedo siempre como en esta ocasion. Yo ruego á usted que acepte la dedicatoria de esta comedia con el afecto que siente al dedicársela su mejor amigo

Rafael María Liern

PRIMERA ÉPOCA. 1872.

Planta baja de una elegante alquería del Cabañal de Valencia. Á la altura de la segunda caja, un rompimiento con puertas vidrieras y visillos á derecha é izquierda y en el centro un arco sostenido por dos columnas. Desde las columnas parte una especie de corredor ó pasillo que acaba en una puerta con vistas á un jardin. En la derecha del pasillo una puerta que supone ser la de una escalera. Más allá del jardin una tapia con puerta en el centro; á lo lejos horizonte y terrazo de mar. Muebles de los llamados de rejilla. Dos veladores.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUETA, JULIA y PEPITA. Enriqueta leyendo en un periódico de modas. Las otras dos señoritas jugando al ajedrez.

ENRIQ. No me hace gracia el mantelo.
La hecura es complicadísima
(Desde el jardin va una criada á abrir la puerta del foro.)
y el adorno de mal gusto. (Se levanta.)

JULIA. Al rey. (Jugando.)

PEPITA. (Cambiando una ficha.) Aquí no peligra.

ENRIQ. Me parece que han llamado.
(Se levanta y va hácia el foro.)

JULIA. Mate.

(Por la puerta da la tapia entra Doña Elena.)

PEPITA. Es cierto.

JULIA. Dos partidas
llevo ganadas.

ENRIQ. (Yendo á encontrarla.) Mamá!

JULIA. Es doña Elena?

PEPITA. Mamina!...
(Doña Elena viene seguida de un criado y una doncella cargados de líos y paquetes de diferentes clases.)
¡Jesús, qué cargada viene!

JULIA. Deme usted...
(Aliviándola del peso de los paquetes.)

ESCENA II.

DICHAS y DOÑA ELENA.

ELENA. Mil gracias, niñas.
¡Qué bendito Cabañal,
y qué Valencia! Decían
que aquí se tomaba el fresco!
Pero quién va á las provincias?...

ENRIQ. Qué nos traes?

ELENA. (Da un frasquito á Julia.) De magnolia.
Para tí un bebé, Pepita. (Id. á Pepa.)

ENRIQ. Y mi frasco de heno?

ELENA. Toma. (Le da un frasquito.)
¡Ay, qué cabeza la mia!
Me olvidé de lo mejor.
Estando en casa de Luisa
llegaron los figurines...

ENRIQ. Y por qué no lo decías
mañana? ¡Jesús qué olvido! (Muy disgustada.)
Que lo hiciera una chiquilla,
pase...

ELENA. Bien...

ENRIQ. Pero que tú...

ELENA. Nena, cualquiera se olvida...

ENRIQ. De dormir y de comer,
pero de eso!...

ELENA. Bueno, hijita,

esta tarde irán por ellos.

ENRIQ. Si en faltando quince dias
de Madrid se hace una cursi.

ELENA. Qué malas son las pastillas.
(Oliendo una de jabon.)
Malas. Parece imposible
que haya unas perfumerías
tan exhaustas en Valencia!

ENRIQ. (Irónica.) Como las valencianitas
tienen opinion de hermosas,
sin duda los perfumistas
no mandan acá sus géneros!

ELENA. (Con desprecio.)
Pues hay de todo, hija mia,
que no es tan fiero el leon
como la gente lo pinta.
Yo no lo digo por tí. (Á Julia.)

JULIA. (Sonriendo.) Obligacion é injusticia...
Es claro, estando presente
se me ha de llamar bonita.

ELENA. Porque lo eres. Y los hombres!...
En los hombres... ya varía
la cuestion; son muy graciosos,
pero de lengua atrevida.
Al apearme ahora mismo,
yo no sé lo que vería
el tartanero, que dijo
con maliciosa sonrisa...
«Olé, de color de rosa
me gustan á mí las ligas!»

ENRIQ. Y de qué color las llevas?

ELENA. Del que dijo!

ENRIQ. Sí? ¡Qué risa!

ELENA. En fin, mejor para él.

ENRIQ. Pero mamá!

ELENA. Y tu hermanita?

ENRIQ. Corriendo estará en la playa.
Qué sé yo?

PEPITA. Está en la alquería
de Mercedes.

JULIA. Sí, jugando
con las muñecas.

ELENA. Qué niña!
Otra en su lugar, seguro,
de pensar no más que hoy iba
á vestirse ya de largo...

PEPITA. De impaciencia saltaría.
Si me vistieran á mí!
Ya soy...

ELENA. Un muñeco, quita.

PEPITA. Pues Elisa... (Con mal humor.)

ELENA. Elisa es tonta.

ENRIQ. No es tonta, es una chiquilla.
Catorce años...

ELENA. Á los trece,
no exagero, ya tenía
yo dos docenas de novios.
No pensàr si la modista
le ha hecho bien esos vestidos!
(Señala los paquetes que los criados han dejado sobre las sillas.)

ENRIQ. Y por qué no lo decías?
(Corren las tres jóvenes á ver los vestidos.)
Son los vestidos?
(Á pesar suyo manifiesta disgusto. Empiezan á desatar paquetes Enriqueta y sus amigas con afan exagerado.)

ELENA. Sí tal.

JULIA. Á ver?

ELENA. Hay dos de batista
y uno de seda.

ENRIQ. Qué rico!
(Ya tiene uno en la mano.)

PEPITA. Qué buen córte!

ENRIQ. Mira, mira.
(Por los otros vestidos.)
Es claro, pensando en esto
olvidaste mis trencillas.
Por tu pícara memoria,
por atender á Elisita,
me he pasado una semana
sin estrenar ni una cinta.

ELENA. Pues la que viene, en estrenos
te la llevarás seguida.

ENRIQ. De veras?
ELENA. Sí.
ENRIQ. Dame un beso.
Y nada, no viene Elisa! (Impaciente.)
PEPITA. Voy á buscarla?
ELENA. Si fueras
tan amable...
PEPITA. Ven, Julita.
JULIA. Al punto estamos de vuelta.
(Vánse por el foro.)
ELENA. Decidla que tengo prisa.

ESCENA III.

DOÑA ELENA, ENRIQUETA y á poco ANTONIO.

ELENA. Vino Julio? (Con interés.)
ENRIQ. Sí señora.
ELENA. Ya supuse que vendría.
ENRIQ. Y qué elegante, qué guapo!
Si viera usted que bien iba...
¡Qué traje de tanto gusto!
El cuarto que se ponía
ya esta mañana.
ELENA. Es mucho hombre!
Vino solo?
ENRIQ. Con Tobías.
ELENA. Con Tobías?
ENRIQ. Si, Antoñito. (Rien las dos.)
ELENA. Es verdad, no se le quita
del lado un solo momento.
¡Qué sombra!
ENRIQ. Qué pesadilla!
Sí, como quiere imitarle...
ELENA. Qué parodia tan ridícula!
ENRIQ. No es fácil copiar á Julio.
ELENA. Ya lo creo!
ANT. (Entrando.) Picardía
como ella!... (Muy sofocado.)
ENRIQ. La voz de Antonio.
ANT. Esto no aclama, esto grita
al cielo...

ELENA. Quemado viene!
ANT. Felices, señoras mias. (Con mal hnmor.)
ENRIQ. Muy buenos. (Dánse las manos.)
ELENA. Querido Antonio!...
ANT. Yo quisiera estar muy fino
y muy dulce, pero tengo
el humor más amarillo,
más negro y más...
ELENA. Qué sucede?
ANT. Tóqueme usted.
(Poniéndose sobre el carrillo una mano de Doña Elena.)
ELENA. Qué encendido!
ANT. Y eso que vengo del baño,
sí señora, y ya es el quinto
que he tomado esta mañana.
Por más que estoy á pupilo
dentro del mar, ni me calmo
ni me atempero, está visto.
ELENA. Qué padece usted?
ANT. Señora,
como otros de tabardillo
yo estoy enfermo de Julio.
ENRIQ. De Julio?
ANT. Sí.
ELENA. Pobre chico!
ANT. Es una calamidad,
no hay manera de sufrirlo.
Nos hace vivir á todos
en un perpétuo martirio,
en humillacion constante
de su hijo desmedido.
¡Qué modo de estrenar ropa!
En fin, no es querer decirlo;
llevamos catorce baños,
pues catorce calzoncillos
y catorce camisetas
de punto nos ha exhibido,
todas ellas diferentes
y todos ellos bonitos.
ENRIQ Toma, si tiene dinero
y es su gusto...

ANT. Convencido,
pero lo grande no es eso,
sino los mil compromisos
que acarrea con su lujo.
Oiga usté en el que me he visto.
Yo, pretendiendo humillarle,
compré de algodon muy fino
dos pantalones de baño;
vuelvo á mi casa y los pinto
de hermosas rayas moradas
de este ancho... Más. Con un brillo...
El morado es un color
que Julio no ha conseguido.
Hasta aquí todos son glorias.
Pues ya bañados salimos
del agua y... santa Teresa!
se me había desteñido
con la humedad el color
y desde el hombro al tobillo
era yo la berengena
del morado más inícuo
que vieron agricultores.
Enumerar los silbidos
que llevé fuera imposible.
Y es lo peor que el maldito
del morado aquel, así
como de la tela el pícaro
se marchaba fácilmente,
del cútis el muy ladino
no salía á tres tirones,
tanto que ha sido preciso
para mi restauracion
dar tres duros á tres chicos
que con fricciones de arena
me fueran dejando limpio.
Y han frotado con tal gana
que me han desollado vivo!
(Rien fuertemente las dos señoras.)

ELENA. Tiene gracia la ocurrencia!

ANT. Maldita!

ENRIQ. Pobre Antoñito,
nuevo san Bartolomé

con bigote retorcido!

ANT. Ve usted? Pullitas encima, en vez de buscarme alivio.

ENRIQ. Casi estaba por llorar.

ELENA. Qué quiere usted?¡Dos mimitos? (Siguen riendo.)

ANT. Esto pasa de la raya!
Como me puse en ridículo
por culpa de Julio... es claro,
hay que encontrar graciosísimo
el chiste!... Ya estoy de Julio
hasta aquí! Me tiene frito.
Y diré, pues viene á pelo,
que el coqueteo contínuo
que con él tiene Enriqueta
me fastidia... Yo he pedido
su mano para mí sólo.

ENRIQ. Ha sido el sí muy explícito?

ANT. Para el buen entendedor...

ENRIQ. No lo fué!

ANT. Si no lo ha sido
ya es forzoso que lo sea
y quiero escucharlo hoy mismo.

ENRIQ. La imposicion no me ofende
(Con cierto disgusto.)
partiendo de usté, Antoñito.
Ya lo pensaré otro dia.
Tengo que hacer. Me retiro.
(Váse por la puerta izquierda del foro.)

ESCENA IV.

DOÑA ELENA y ANTONIO.

ANT. Lo ve usté?

ELENA. No haga usted caso.

ANT. Me trata como á un novicio.

ELENA. Porque lo quiere.

ANT. Sí, mucho.

ELENA. (Echemos un remendillo
á la indiscrecion.)

ANT. Buen modo
de querer.

ELENA. Como le han dicho
que bailó usté unos lanceros
anoche en casa Badillo
con Elvira...

ANT. Una calumnia
de Julio! ¡Qué entrometido!
Si no sé bailar lanceros
ni... Cuándo bailé? El domingo
wals con Enriqueta y con
usted schotis.

ELENA. No, conmigo
una habanera.

ANT. Es verdad.

ELENA. Y me rompió usté el vestido.

ANT. Y derribé una consola,
y lastimé seis tobillos
ó siete.

ELENA. Sí.

ANT. Y al final...

ELENA. Recuerdo que nos caimos. (Rie Doña Elena.)

ANT. Y si el sofá no es de muelles
en él me dejo el bautismo.
No sé bailar, lo confieso.

ELENA. Porque es usté un aturdido.
Si todo es cuestion de aquí...
Mucha gracia... y mucho mimo.
Como hace Julio... (Movimiento de baile.)

ANT. Otra vez,
doña Elena? Necesito
despejar la situacion.
Ó Julio ó yo!

ELENA. Qué chiquillo!
Puede usted dudarlo?

ANT. Sí.

ELENA. Siendo usted mi protegido,
me parece...

ANT. He de saber
la resolucion hoy mismo.

ELENA. En cuanto quede Elisita
vestida.

ANT. Es verdad. Dios mio!
¡Cómo tengo la cabeza!

Me olvidé del regalito
con estas cosas! Me marcho
y vuelvo!

ELENA. Yo, amigo mio,
así que coja á Enriqueta...
ya verá usted, la decido.

ANT. Si Julio no la conviene;
(Poco ántes ha entrado Julio por el foro y llega hasta el pie de las columnas del arco del foro sin ser visto. Escucha desde allí.)
es un muchacho sin juicio,
un calaveron deshecho,
tunante.. en el buen sentido
de la palabra; yo no,
yo soy hombre inofensivo,
muchacho dócil, mansote,
pero Julio! Y soy su amigo,
y le quiero mucho...

ESCENA V.

DICHOS y JULIO, elegantemente vestido de verano. Traje matinal.

JULIO. (Adelantándose.) Buenos
amigos tienes, Benito. (Rie.)

ELENA. Julio!

ANT. Jesús, otro traje!
Y qué corbata tan bella!
¡Qué correcto el pantalon!
Nada, quiere que me muera
de berrinche! (Va y vuelve.)

JULIO. Adónde vas?
Oye.

ANT. No.

JULIO. Escucha, babieca.
Vé á recoger la corbata
que te guardo.

ANT. Ni por esas! (Váse.)

JULIO. Es un desdichado!

ELENA. Mucho!

JULIO. Soy su pesadilla eterna!

Y usted, sigue bien? (Dánse la mano.)

ELENA. Y usted?

JULIO. Muchas gracias. Y Enriqueta?

ELENA. Sin duda estará en su cuarto.
Voy á ver.

JULIO. No, doña Elena,
porque hemos de hablar. Y Elisa?

ELENA. No lo sé, Julio. Contenta
me tiene. Sabe que estoy
deseando por puntos verla
vestida de largo.

JULIO. Sí?

ELENA. Sabe que me fuí á Valencia
por sus vestidos, que he vuelto,
y nada... estará tan fresca
jugando á la comba; usted
no sabe lo que le cuesta
dejar de ser niña.

JULIO. Es claro!

ELENA. Qué aversion!

JULIO. Y si supiera
que el bien con el niño acaba
y el mal con el hombre empieza,
aún le costaría más.

ELENA. Pero á la naturaleza
no podemos corregirla.

JULIO. Ántes que Elisita venga
quisiera hablar un momento
con usted de cosas serias.

ELENA. Julio, qué es eso? (Alarmada.)

JULIO. Señora,
he tenido malas nuevas.
Mi pobre padre está enfermo,
y á su edad!...

ELENA. Jesús! Cincuenta
y cinco, no es eso?

JULIO. Justos.

ELENA. No es para alarmar la fecha.

JULIO. Viene sufriendo hace tiempo...
Qué sé yo... Tengo una pena...
Me escribe de un modo ambiguo
mi hermana.

ELENA. Y usted sospecha...
JULIO. Que me ocultan la verdad.
Que está muy grave y quisiera
marcharme esta misma noche.
ELENA. Pero Julio...
JULIO. Doña Elena,
me están matando las dudas.
Ya esta mañana á Enriqueta
le hice alguna indicacion,
sin decir la causa, acerca
de mi partida... porque
como mi intencion es recta,
como yo quiero casarme
con su hija de usted, aunque ella
parece inclinarse á Antonio...
ELENA. Es posible que usted crea
semejante cosa?
JULIO. Sí,
y es muy justa la creencia.
Siempre andan coqueteando!
ELENA. Le hace gracia su simpleza
y se divierte Eso es todo.
Pero conmigo Enriqueta
se confía, y á quien ama
es á usted.
JULIO. Por qué lo niega
en ese caso?
ELENA. Hijo mio,
son coqueterías, tretas
de las mujeres... Y Antonio
ni interesarla pudiera!
Pobre muchacho!
JULIO. Es muy rico!
ELENA. Nos hace usted una ofensa.
Más á las prendas morales
miramos que á la riqueza.
Ademas que usted no es pobre.
JULIO. No, gracias á Dios; la renta
de mi padre...
ELENA. (Con finura.) No pregunto.
JULIO. Pero...
ELENA. (Muy fina.) Ni quiero saberlo.

(La sé al dedillo.) Yo hablar
de intereses! Es materia
de que nunca me he ocupado.

JULIO. Una gran delicadeza.
Pues dígale usté á su niña
que mi corazon anhela
verla decidirse hoy mismo:
de ese modo ya á mi vuelta,
con el permiso paterno
pediré su mano en regla;
vendrá mi tio tal vez;
y si, lo que Dios no quiera,
yo me quedara sin padre,
en ustedes y Enriqueta
hallaré nueva familia
que consolará mis penas.

ELENA. Yo se lo diré y hoy mismo
resolverá!

JULIO. Bien.

ELENA. Aunque ella,
y hasta que yo lo diga,
por usted está resuelta.
Siendo usted mi protegido... (Con mimo.)
digo...

JULIO. Es usted lo más buena!

ELENA. (Juguemos con dos barajas
por lo que tronar pudiera.)

ESCENA VI.

DICHOS, por el foro ELISA, JULIA y PEPITA. Pepita en traje, aún de niña, aunque bastante largo el vestido. El pelo en trenzas; en las mejillas el color que sale á los niños cuando juegan. Elisa es morena. Trae en la mano una comba y un aro en el brazo.

ELISA. (Corriendo por el foro.)
Eso no importa, Pepita.

PEPITA. Con aro y comba!

ELISA. Y con todo.

ELENA. Oiga usted. Es este el modo
de obedecer, señorita?

ELISA. Si yo no quiero...

ELENA. Esto más?
Qué hacías? Habla, repito.
(Elisa no contestaba.)

ELISA. Estaba jugando al chito
con los niños de don Blas...

ELENA. Parece mentira que ande
á sus años... ¡Qué simplezas!

ELISA. Y he ganado cinco piezas,
no, siete, del perro grande!
Más quemado está Juanito!
Cuanto jugaba perdía.

PEPITA. ¡Si tiene una puntería...
Cataplum! en tierra el chito!...

ELENA. Grandullona! Vaya, á ver
si te vistes...

JULIO. No la riña!

ELENA. Ya eres mucho para niña.

ELISA. Y poco para mujer.
Cuando no siento ilusion
por esos trajes que veo...

JULIO. Es señal de que el deseo
juvenil no está en sazon.
Desaloja á la niñez
la juventud, es verdad,
como á la virilidad
desaloja la vejez.
El paso de cada fecha
de la vida que resbala,
hija mia, se señala
por una ilusion deshecha.
Es triste y decirlo siento,
pero el placer de la vida
se empequeñece á medida
que agranda el entendimiento.
Padece la juventud,
teme la virilidad,
un estorbo es la otra edad,
muere la decrepitud!
Si pues la infancia divina
vive sólo en dulce calma...
¡Quién la llevára en el alma

para siempre de inquilina!

ELENA. Eso faltaba no más.

ELISA. Tiene Julio mil razones.

ELENA. No admito más discusiones...

ELISA. Bueno, bueno! (Con cierto mal modo.)

ELENA. Á ver si vas
á vestirte.

ELISA. Eres un juez
inflexible!

ELENA. Ese vestido... (Imperativamente.)

ELISA. Pues tú tambien habrás sido
muchachuela alguna vez. (Lloriqueando.)

ELENA. Qué simple!

ELISA. Yo?

ELENA. Desatinas.
¡Qué poco te ha dado el cielo! (Talento.)

ELISA. Y habrás jugado al hoyuelo!

JULIO. Cabal, y á las cuatro esquinas.

ELISA. Y á visitas y á señoras.

JULIO. Recuérdelo usted.
(Uno y otra, como acosándola.)

ELENA. Si he sido
más formal!

ELISA. Y habrás tenido
apetito á todas horas.
Acuérdate bien, mamita...

JULIO. Y fuerte como los bronces...

ELENA. Qué he de acordarme? Si entónces
era yo muy pequeñita. (Cándidamente.)

JULIO. Doña Elena!

ELENA. (Cayendo en la cuenta.) Ay, es verdad! (Rie.)

ELISA. Lo que ha dicho! En paz estamos
de sandeces. (Rie.)

ELENA. (Cariñosa.) Vamos, vamos,
ven aquí, calamidad.
Sé dócil, ponte coqueta
y tendrás adoradores.

ELISA. No los quiero.

ELENA. Qué colores!
Qué ordinarios! De paleta.
Son vulgares!

ELISA. Bah, pretestos.

ELENA. Vulgares, salta á la vista.
ELISA. Sí? Pues busca un perfumista
que te los haga como estos.
(Dándose con las dos manos en la mejilla.)
ELENA. Cualquiera.
ELISA. Cá!
ELENA. Sí señor.
Te lo probaré al instante.
(Sacando unos frasquitos de perfumería.)
ELISA. Hay no más un fabricante
que elabore este color.
(Dando importancia á la frase, señalando al cielo.)
ELENA. Y el cútis negro! Repara!
Morena! (Con desden.)
JULIO. Tipo español!
ELISA. Es culpa mia que el sol
se entretenga con mi cara?
ELENA. Yo haré que Juana te pinte;
y el pelo rubio!... Tú llora!
(Porque Elisa hace pucheros.)
ELISA. Cualquier dia, sí señora,
llevo mi cabeza al tinte.
(Haciendo graciosamente la mueca que se hace con los labios para decir que no.)
ELENA. Muchacha!
ELISA. Eso me horripila!
Si en este bendito suelo (Á Julio.)
va al quita manchas el pelo
como un manton de Manila.
PEPITA. Como nuestra prima Juana,
que en año y medio, señores,
se tiñó de tres colores!
Si será republicana? (Saltando la comba.)
ELENA. Niña, conozco tu ardid,
taimada, mas sin embargo...
ELISA. Ya me vestirás de largo
cuando estemos en Madrid.
ELENA. Te digo que hoy ha de ser
y por tu bien lo deseo.
ELISA. Por mi bien! El bien que veo
disfrutar á la mujer.
Yo, apenas ha amanecido...

al suelo los piés pequeños,
sin pensar en malos sueños
porque no los he tenido.
Me lavo con agua clara,
y tal vez para adornarme
se encarga Dios de sacarme
dos claveles á la cara.
Y á jugar, sin una pena,
saltos, brincos, contorsiones,
viniendo por provisiones
mil veces á la alacena.
Carreras aquí y allá
sin un temor que las prive,
y el golpe que se recibe
vaya por el que se da.
(Accion de pegar en los dos versos)
Así es que de nochecita,
ya cansada y sin dolores,
me sabe á lecho de flores
el colchon de mi camita,
y acabada una oracion,
—virtud al cielo pidiendo—
me suelo llevar durmiendo
diez horitas de un tiron.
Y no se logra esta calma,
—segun tengo yo entendido—
si el cuerpo no está rendido
y está descansada el alma.
Porque el sueño no es hermoso
con penas, podeis creerme. (Sentenciosa.)
De cansancio el cuerpo duerme,
pero el alma de reposo.

JULIO. Gran verdad! Es un encanto
escucharla! Estoy absorto!

ELENA. Y aún quiere vestir de corto
la niña sabiendo tanto.

ELISA. Pero la mujer? Mi hermana
es buen ejemplo!

ELENA. Verás.

ELISA. Déjate y calla. Por más
que se viste y engalana
no es feliz ni por asomo.

Cuando lo digo es por algo.
(Haciendo callar á Doña Elena, que pretendía interrumpirla.)
No viene Julio? No salgo.
Julio se va? Ya no como.
(Diferentes voces y entonaciones.)
Si vendrá la peinadora?
Si tardará la modista?
Ya no quiero esta batista.
Vuelta á vestirse. Una hora
de retoque. (Como pintándose la cara.)
Esto es atroz.
Qué mala *cold-crem*, qué mala!
y abandonando la sala
otros polvitos de arroz!
—Señora, viene visita.—
—¡Yo sin vestir.—Esta es buena!—
—Mamá, cómo estoy?—Morena!—
Otra vez á la borlita!
—Don Jacinto, doña Blasa.
(Como recibiendo gentes.)
—Qué tal?—Me cogen así.—
—Hija, está una hasta aquí
con las cosas de la casa!—
Como el trabajo es mi centro!—
Falso; pues se puede ver
la máquina de coser
muerta de risa allá adentro.
Y todas como Enriqueta,
aunque ayer lo disputabas,
de los trajes son esclavas
y esclavas de la etiqueta.
Es natural que me exalte.
Tú has buscado la camorra.
Déjame que libre corra,
déjame que libre salte,
que juegue al chito, al reló,
que cante mi alegre pico,
que me descalabre un chico
ó lo descalabre yo.
Mi niñez no se interesa
por ascender á otra edad.

Á qué darle libertad
cuando á gusto se halla presa?
Ya ves, me apoyan los dos; (Julio y Julia.)
y pues mi dicha quisieras,
anda, mamita, no quieras
enmendar la plana á Dios.

ELENA. Ay, como sola estuvieses!
¡Qué oposicion tan punible!
Esto es un *anfan terrible*,
como dicen los franceses.
De buena ó de mala gana
vas á vestirte en seguida. (Muy sofocada.)
Es usted una atrevida;
pero ahora vendrá tu hermana.
Chíllale! Estamos lucidos!
(Á Julia.) Usted me ha de perdonar.
Julita, quiere usté entrar
en el cuarto esos vestidos?
(Señala el gabinete de la derecha del foro. Pepita coge los vestidos.)

JULIA. Con mucho gusto.

ELENA. (Llamando.) Enriqueta?
Desobedecerme á mí?

JULIO. Vamos...

ELENA. (Á Elisa). Sepa usted que aquí
mi voluntad se respeta.
Enriqueta?

ESCENA VII.

DICHOS y ENRIQUETA, con un bastidor, en el cual hay un pañuelo dispuesto para bordar.

ENRIQ. Voy? Qué es esto?
Julio!

JULIO. Nada.

ELENA. Que tu hermana
porque no le da la gana
no se viste... Por supuesto
que... (Amenazándola.)

ENRIQ. No quieres?

ELENA. (Con cierto temor.) No.

ENRIQ. Qué no?
Oh! se vestirá en seguida.
ELENA. Á ver si está usted vestida
para cuando salga yo.
(Váse muy sofocada por la puerta izquierda del foro.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ménos DOÑA ELENA.

ELISA. Mira...
ENRIQ. Chitito, á vestirse.
ELISA. Es porque...
ENRIQ. Ni una palabra...
(Ap.) (Perdona un momento, Julio...)
JULIO. (Id.) (Quiéres callar?
ENRIQ. Tiene gracia
la oposicion! No, Pepita,
allí no.
(Viendo que Pepita va á llevar los vestidos al cuarto de la derecha.)
JULIA. No? Como acaba
de indicarme doña Elena
este gabinete...
ENRIQ. Nada.
Es un error. Si lo tengo
todo dispuesto en la sala
de arriba.
ELISA. (Ya va de veras.)
JULIA. Elisa, me ayudas?
ENRIQ. Anda.
Id subiendo, que ya voy.
ELISA. (Los he de llenar de manchas
en dos dias; esta vez
la torta les cuesta cara.)
(Llevándose los vestidos: vánse por una de las puertas laterales del corredor establecido entre el jardin y las columnas del arco.)

ESCENA IX.

ENRIQUETA y JULIO.

ENRIQ. Ignoraba tu visita.
JULIO. Te suponía ocupada,
y no quise...
ENRIQ. Cá, arreglando
el bastidor.
JULIO. Qué bordabas?
ENRIQ. Hasta que me des las letras
que te he pedido...
JULIO. Caramba!
ENRIQ. No las traes?...
JULIO. No las traigo...
¡Qué olvido!
ENRIQ. Cuando se trata
de mí, desgraciadamente
tu memoria es bien escasa.
JULIO. No lo digas.
ENRIQ. Sí lo digo.
JULIO. Vas á ver que poco tardas
en tenerlas... (Coge el sombrero.)
ENRIQ. No señor.
Cá! Tenga usted más cachaza.
Usted se queda, amiguito,
prisionero en esta casa.
JULIO. Agradable calabozo!
ENRIQ. Son tus ausencias muy largas
y las siento demasiado
para dejar que te vayas.
Vas á hacer aquí las letras.
JULIO. Si así castigas las faltas
voy á hacer muchas.
ENRIQ. Allí
(El cuarto de la derecha.)
hay tintero y una caja
de papel; tambien hay lápices.
Mientras yo visto á mi hermana
haces las letras.
JULIO. Corriente.

Mas te advierto que si tardas
mucho en bajar, yo me voy.
(Julio dice esto ya en la puerta del gabinete. Enriqueta está junto á una de las columnas, de espaldas casi al público. Habla á Julio con mucha coquetería.)

ENRIQ. Qué te has de ir?
JULIO. Qué confiada!
ENRIQ. Me quieres mucho?
JULIO. (Con cariño.) Coqueta!
ENRIQ. Pero mucho?
JULIO. Vamos, anda.
(Entra en el gabinete.)
ENRIQ. (Voy á ver si mi hermanita
está más domesticada.)

ESCENA X.

ENRIQUETA y la CRIADA, rápidamente por el jardin. Cuando Enriqueta va á subir por el mismo punto que subió su hermana, la detiene la Criada. Ésta viste de labradora valenciana.

CRIADA. Señorita, y la señora?
ENRIQ. Está en su cuarto, Pascuala.
CRIADA. Es porque viene don Próspero;
lo ví desde la ventana,
y como ustedes están
allá arriba...
(Con acento valenciano muy pronunciado.)
ENRIQ. Justo, llámala.
(Váse Enriqueta. Asi que desaparece vése Don Próspero entrar por la puerta del foro.)

ESCENA XI.

LA CRIADA, DOÑA ELENA y D. PRÓSPERO.

CRIADA. Señora? (Más fuerte.) Señora?
ELENA. Qué?
CRIADA. Puede usté salir?
ELENA. Me llaman

las niñas?

CRIADA. No, si es don Próspero.

ELENA. Ya salgo.

PROSP. (Secándose el sudor.) ¡Jesús qué basca!

CRIADA. Ahora sale la señora.

PROSP. Muy bien. (¡Qué chica tan guapa!)
Te gustan los caramelos?

CRIADA. No señor. (Jesús qué cara!)

PROSP. Es arisca, muy arisca,
un cardo; al fin valenciana.
(D. Próspero es un hombre feo, pero no hasta la exageracion. Viste muy modestamente, de un modo limpio, pero que revela al hombre tacaño.)

ESCENA XII.

DOÑA ELENA y D. PRÓSPERO.

ELENA. Tanto bueno por aquí!

PROSP. Doña Elena de mi vida! (Dánse las manos.)
Cómo va?

ELENA. Muy bien.

PROSP. Le traigo
un cúmulo de noticias
interesantes.

ELENA. De veras?
Mi encargo?...

PROSP. Está usté servida.
Tome usted. Dos mil seiscientos
en moneda nuevecita.
(Le da un paquetito de dinero.)

ELENA. Y el resto?

PROSP. Vendrá mañana.
Antonio esta tarde misma
quiere cinco mil, y Julio
cien pesos. Los prestamistas
hemos de cumplir con todos.

ELENA. Es verdad.

PROSP. Amiga mia,
usté gasta demasiado.

ELENA. Exigencias de la vida.
Cómo ha de ser! Es preciso!

PROSP. Terrible es la tiranía
que sobre la clase media
ejerce el mundo.

ELENA. Es inícua.
El pueblo bajo es dichoso.

PROSP. Sí. No tiene quien le exija
que extienda su brazo más
de lo que puede.

ELENA. Ya es viña!
Mas nosotras!... Sin embargo,
suelen ser reproductivas
sus exigencias; usted
ya conoce mis teorías
sobre este particular.
Si, el Señor nò lo permita,
viniera yo á ménos, la
despensa reduciría,
pero nunca el tocador.
Con patatas y judías,
comidas discretamente,
se mantiene una familia
y se mantiene el decoro.
Pues con comer á escondidas
y no convidar á nadie,
no es verdad? Ya está usted lista:
Pero el vestir no se finge.
En fin, yo prescindiría
de los lujos invisibles
sin la violencia más mínima,
pero de la moda nunca!
No salgo de esta doctrina.

PROSP. Piensa usté bien.

ELENA. Como todas
las mujeres reflexivas.
Nada, el lujo es la primera
necesidad de la vida,
en las niñas sobre todo.
Lo que los hombres ansían
es que la mujer deslumbre
con su elegancia esquisita.
Dígalo si no Enriqueta.
Nosotras no somos ricas;

pero como yo la visto
con tanta coquetería
y con tanto lujo, á ver
si tiene pocas conquistas.
Ya ve usté que Antonio y Julio...

PROSP. Buenos partidos, querida!
Sobre todo Julio!

ELENA. Sí, ella
á Julio es á quien se inclina.

PROSP. Yo como tengo interés,
—cómo todo el que anticipa
dinero—en averiguar
si hay sólidas garantías,
he enviado al pueblo de Antonio
y Julio á una prima mia,
y he sabido la verdad,
que es persona fidedigna
la corredora. Son ricos
y de muy buenas familias.
El padre de Antonio es
brigadier.

ELENA. Ya lo sabía.

PROSP. Y tiene muchas haciendas.

ELENA. Y por qué no se retira?

PROSP. Estando en guerra, señora!
No incurre en tal cobardía
un militar español.
Por su patria da la vida.
Ahora está en operaciones,
en el Centro... es un rentista
muy fuerte el padre de Julio.

ELENA. Pues la cuestion se complica!
Por quién debe decidirse
mi Enriqueta?

PROSP. Amiga mia,
la solucion es muy fácil.
Yo opino que se decida
por el que herede más pronto.

ELENA. Es una opinion impía.

PROSP. Es ó no es de dinero
la cuestion?... Sea usté explícita?...

ELENA. La verdad, sí.

PROSP. Pues entónces
no caben alternativas...
Ó ser buenos ó ser malos.
Si lo primero, amiguita,
reducirse á la miseria:
si lo segundo, se limpia
la cara con las dos manos
de una vez... ¡Si esta es la vida!
decídase usted por Julio.

ELENA. Y por qué?

PROSP. Porque peligra
la existencia de su padre.

ESCENA XIII.

DICHOS y JULIO, que se asoma discretamente á través.

JULIO. (Miserable!)

ELENA. Yo tenía
alguna idea...

PROSP. Está malo
de gravedad.

ELENA. Y la niña
quiere á Julio.

PROSP. Pues mejor.

ELENA. Aunque ella obedecería
mi votuntad, que es muchacha
muy obediente y sumisa.
Ya tiene el alma gastada.
El lujo es lo que la priva!

PROSP. Que no desaire á ninguno
mientras no vengan noticias.

ELENA. Usted las espera?

PROSP. Y pronto.
Ha dejado allá mi prima
una persona encargada
de avisarnos en seguida
si ocurre algun accidente.
Nada, usted casa á la chica
con Julio .. Despues, más tarde,
se le busca un novio á Elisa...
que le convenga...

ELENA. Ya Enrique
me ha indicado ..
PROSP. Convendría
tal vez otro... Usted ya sabe
que yo...
ELENA. Sí, pero á Elisita
le es usted poco simpático...
PROSP. Usted la convencería.
Mire usted lo que la traigo.
(Saca un estuchito.)
ELENA. Esa camelia? Es bonita.
PROSP. La flor es para Enriqueta!
Es esto. (Enseñando una sortija)
ELENA. Sí? Una sortija.
Muy mona! Qué idea tengo!
(Como asaltado de ella.)
Antonio y Julio suplican
que esta misma tarde
mi Enriqueta se decida...
pues como Julio se marcha...
PROSP. Sabe algo?
ELENA. Tiene noticias
vagas...
PROSP. Lo irán preparando...
ELENA. Le doy esta flor á mi hija
Enriqueta y la prevengo
que de una manera fina
se la dé á Antonio ó á Julio,
de los dos al que se elija,
pues podría suceder
que habiendo en casa visitas
se recibiera el aviso
de una desgracia, y sería
feo delante de gentes.
PROSP. Muy bien.
ELENA. Usted se lo avisa
á Antonio.
PROSP. Es cosa corriente.
ELENA. Yo á Julio...
PROSP. Es usté más lista!
ELENA. Tambien instruyo á Enriqueta...
PROSP. Diplomática Elenita!

ELENA. De este modo el desairado
discretamente adivina
el desaire...

PROSP. Ya; y se marcha
sin temor á las hablillas.

ELENA. Voy á dejar estos cuartos
y vuelvo.

PROSP. Pronto?

ELENA. En seguida.

(D. Próspero levanta el portier del cuarto de la izquierda, en el cual entra Doña Elena.)

Alta servidumbre tengo.

PROSP. Aún de usted es poco digna.

ELENA. Mil gracias.

JULIO. (Qué infames son!)

(Aprovechando la circunstancia de hallarse Don Próspero de espaldas al punto donde se halla Julio, sale éste y se va al corredor, fingiendo luégo que llega en aquel instante á la casa.)

PROSP. (Esta vieja es una víbora!)

JULIO. (Mas por fortuna Enriqueta
me quiere!)

PROSP. (¡Vieja más viva!)

ESCENA XIV.

D. PRÓSPERO y JULIO.

JULIO. (Finjamos.) Señor don Próspero.

PROSP. Querido Julio del alma!
Ya sabe usted que lo aprecio,
y mucho!

JULIO. Miles de gracias!

ESCENA XV.

DICHOS y ENRIQUETA, por donde se fué PEPITA y ELISA. Ésta en traje de mujer.

ENRIQ. Aquí está ya la mujer!
Sal.

ELISA. (Dentro.) Tengo vergüenza.

ENRIQ. Baja.
Vergüenza de qué?
ELISA. Si yo
no sé andar así.
JULIO. Qué guapa!
ELISA. Una señora mayor! (Dando un paseito ridículo.)
PROSP. Una princesa! Una alhaja!
JULIO. Estás preciosa.
PROSP. Sí, mucho!
PEPITA. (Qué envidia me da mi hermana!
Si yo me viera esa cola...)

ESCENA XVI.

DICHOS y DOÑA ELENA, que se queda en la puerta. Viene por el foro ANTONIO.

ELENA. Qué es esto? Lo ves, muchacha?
¡Qué bonita! Dame un beso! (Besa á Elisa.)
Enriqueta, una palabra,
si ustedes me lo permiten.
JULIO. Ya lo creo!
PROSP. No faltaba...
JULIO. (Ya le está dando instrucciones.)
ANT. Julio, toma la corbata,
no la quiero. (Muy sofocado.)
JULIO. No, por qué?
ANT. Me has tomado por una facha?
Ya no es moda ese color;
el marron pasó ya en Francia.
PROSP. Marron?
ANT. Castaña.
PROSP. Es verdad,
ANT. Azul es el que se gasta.
JULIO. Por eso guardé la azul.
ANT. Lo oyen ustedes! Si trata
de verme siempre en ridículo!
Mal amigo... No me engañas.
ELISA. Qué es eso?
ANT. Una picardía
fenomenal! Una infamia!
Que guardándose la azul

me ha dado á mí la castaña. (Rien.)

ELISA. No lo entiendo.

PROSP. Venga usted.

(Coge del brazo á Antonio.)

ENRIQ. Ya lo sé! (Á su madre.)

JULIO. (Ya está enterada.)

(Reúnense Doña Elena con Elisa y Pepita, hablan D. Próspero con Antonio y Enriqueta con Julio.)

ANT. (Es de veras?)

PROSP. Sí señor.

ANT. (Qué inquietud tengo en el alma.)

PROSP. (Si Enriqueta le da á usted
esa camelia... es que le ama.)

ANT. (Y significa con ello
que da á Julio calabazas.
Ya, ya lo entiendo.)

PROSP. (Y si es
á Julio á quien la regala...)

ANT. (Es que aquellas hortalizas
son para mí.)

PROSP. (Sí.)

ANT. (Caramba.)

ELENA. (Á Julio.) (Para usted será la flor.)

JULIO. (Qué alternativa tan rara
está sufriendo mi pecho!)

ENRIQ. Nada falta. (Á Elisa.)

ELISA. Sí que falta. (Ya gozosa.)
El medallon.

ENRIQ. Como Enrique
no ha venido...

ELISA. Sí que tarda!
despues dice... que me quiere.
Qué sé yo? Con vida y alma,
que se casará conmigo.
Que soy su media naranja...
Pero no viene!

ESCENA XVII.

DICHOS y ENRIQUE.

ENRIQUE. (Viene agitado.) Aquí estoy.

Dispense usted la tardanza.
Me he entretenido en Valencia
con mi cuñada Mercedes.
(Le da un estuche pequeño á Elisa.)

ELISA. Á ver. (Abre el estuche.)

ENRIQUE. Perdonen ustedes
este rato de impaciencia.

ELISA. Qué alhaja!

ELENA. Es bonita á fe.

PROSP. (Disgustado.)
(Ya está aquí con la presea.)

ENRIQUE. Lo que siento es que no sea
bastante digno de usté.

ELISA. Les gusta á ustedes?

JULIO. Oh, sí.

ELISA. Es preciosa, sí señor.

ANT. Enriqueta?

ENRIQ. Qué?

ANT. Esa flor
la quiero yo para mí.

ENRIQ. Yo no se... (Coqueteando.)

JULIO. Debe ser mia.

ENRIQUE. Ah! Don Próspero!

ELENA. (Á Enriqueta.) (Con arte.)

ENRIQUE. Tome usted. (Le da un telégrama.)

PROSP. Qué es esto?

ENRIQUE. Un parte
que su hermano le traía.

JULIO. (Dios mio!)

ANT. Quiero la flor!

JULIO. (Ahogándome está la pena.)

PROSP. Qué? Mire usted, doña Elena!
(Ya ha leido el parte.)

ELENA. Qué es esto? (Lee.) Jesús, qué horror!

JULIO. (Ni aun á respirar acierto!)

ANT. Que la quiero.
(Insistiendo en pedir la flor.)

ELENA. Escucha!
(Habla al oido á Enriqueta.)

ENRIQ. Qué? (Aturdida.)

ELENA. (Dásela.)

ANT. (Insistiendo.) No?

ENRIQ. (Le da la camelia.) Tome usté.
JULIO. (Dios mio, su padre ha muerto!)
(D. Próspero ha dado á Enrique el telágrama.)
ENRIQUE. (Leyendo ap.)
«Aunque el gobierno lo calla
»el brigadier de la Puente
»ha muerto gloriosamente
»en el campo de batalla.»
ANT. Siento el gozo más profundo!
(Todos ménos D. Próspero rodean á Antonio y lo felicitan.)
PROSP. (Á Julio que está solo en la izquierda.)
Vence Antonio; me lo explico.
Es claro, como es más rico!
Ya ve usted como está el mundo!
(Con hipocresía.)
JULIO. Qué taimada hipocresía!
(Coge á Próspero por un brazo.)
Soy yo más rico.
PROSP. Bah, no!
JULIO. Sí; más.
PROSP. Por qué?
JULIO. Porque yo
tengo padre todavía.
(Explosion de alegría. Cuadro. Caja el telon.)

SEGUNDA ÉPOCA. 1874.

Jardin de un hotel. Ocupa la fachada la primera y segunda caja de la izquieada. Súbese al hotel por medio de una escalinata protegida por una bonita cubierta de cristales colocada á manera de toldo. En algunos puntos de la escena bancos rústicos, estátuas y algunas sillas de jardin, un velador de hierro. El hotel tiene un balcon saliente y practicable.

ESCENA PRIMERA.

D. Próspero bajando por la escalera del hotel. Viene vestido de frac y corbata blanca, pero ridículamente, resultando una figura poco fina y nada acostumbrada á la buena sociedad. Pepita con otras señoras, vestidas con elegancia, está cogiendo flores de un rosal y formando un bouquet, D. MANUEL habla aparte con dos ó tres de sus amigas. Todos los hombres visten de frac y corbata blanca y las señoras con mucha elegancia.

PEPITA, MANUEL y D. PRÓSPERO.

MANUEL. No, como no tenga en Indias
algun pariente...

PEPITA. Qué bello! (Por el bouquet.)

MANUEL. Su renta no es para tanto!

PEPITA. Va mejor la dalia en medio!
Sí, resulta en los colores
más armonía.

MANUEL. Yo tengo
de renta cuatro mil duros,
un poco más y no puedo
tener un mal coche!

PEPITA. Vamos?

MANUEL. Pero Antonio!...

PROSP. Caballeros...
señoras... (Saluda.) Está el salon
elegantísimo, régio!
Lo verán ustedes, época
va á formar este bateo.
Oficiará un arzobispo,
segun dicen. El refresco
viene de Fornos. Los dulces
son del establecimiento
de Prast; se estrena vajilla,
el coche de gala es nuevo.
Qué sé yo!

MANUEL. Antonio es muy rico!

PROSP. Y más que rico es espléndido!
En los dos años que lleva
de matrimonio, yo creo
que se habrá gastado ya
cerca de millon y medio.
Y hoy se gastará un sentido
porque el bautizo es soberbio;
y hace bien en gastar mucho.
El caso no es para ménos!
Obsequiar al primer hijo
que se tiene!... Y el muñeco
es una monada, un dije
precioso! Antonio está lelo
con el chiquitin.

ESCENA II.

DICHOS y ANTONIO, que baja rápidamente por la escalinata del hotel.

ANT. Don Próspero?

Já, já, já!

PROSP. (Á Manuel.) Lo está usted viendo?

ANT. Es una alhaja el muchacho
que me ha concedido el cielo.
¡Qué guapo!

PROSP. Tiene una cara!...

ANT. Como yo! (Sin saber casi lo que dice.)

PROSP. Y unos ojuelos...

ANT. Como yo.

PROSP. La naricilla
solamente... si no ofendo,
tiene fea...

ANT. (De buena fe.) Como yo!

PROSP. Justo, clavada!

ANT. (Cayendo en la cuenta.) No, miento,
que la mia... La nariz
es de su abuelo materno.

PROSP. Ya, por lo del salto atrás.

ANT. Al contrario, por aquello
del salto adelante.

PROSP. Sí?

ANT. Se quedó chato su abuelo
topando contra una esquina,
cierta noche que iba huyendo
á todo escape.

PROSP. Del frio?

ANT. No, don Próspero, del fuego.

PROSP. Caspitina!

ANT. Fué la noche
de San Daniel!

PROSP. Lo comprendo!

ANT. Y será muy elegante!
Lo acusa desde pequeño.
Há poco rato en la alcoba
entró don Próspero á verlo,
y el niño cerró los ojos.

PROSP. Pues no lo advertí.

ANT. Yo creo
que fué por no verle el frac. (Rien todos.)

PROSP. Vamos, ya pareció aquello.

MANUEL. Es de pesca!

PEPITA. Rastro puro!

PROSP. Muñeco! Calle de la Cruz,
Tú come dulces y calla.
MANUEL. Verdad que no es un modelo.
PROSP. Suponer al pobre niño
capaz ya de entendimiento
para discurrir.
ANT. Que no?
Vaya otro rasgo de ingenio.
No hace mucho que Enriqueta,
viendo que venía al suelo
un vaso, dijo: «animal»
y el chiquillo...
PROSP. Lo estoy viendo,
lo miró á usted?
ANT. Eso es fuerte.
PROSP. Es un niño de talento.
Se pica usted?
ANT. Yo?
PROSP. Revancha.
ANT. Es justa. Vaya, pensemos
en divertirnos; el dia
promete ser muy ameno.
Bautizo, anuncio de boda.
PEPITA. De Elisa y...
PROSP. Quién?
ANT. Un secreto
todavía.
PEPITA. Pues se dice
que á la hora del bateo
mamá hará saber á todos
el nombre del novio.
ANT. Bueno.
PEPITA. Yo sé quién es.
ANT. Pues te callas.
Es prematuro .. Hay misterios...
PROSP. En fin, ello sonará.
ANT. Comida tras el bateo,
despues baile, gran buffet,
y otra vez baile.
PROSP. Soberbio!
MANUEL. Dichosos los potentados!
ANT. Hombre, sí, gracias al cielo ..

Hola, mi mamá política
viene allí... (Por la derecha.)

PEPITA. Sí.

(Todos ménos D. Próspero van á recibirle.)

PROSP. (Meditemos
el modo de asegurarlos.
Qué debo hacer?)

ANT. Buen paseo!
Siempre tan guapa!

MANUEL. Una estrella!

ANT. Una Venus!

ELENA. Zalamero!

ESCENA III.

DICHOS, DOÑA ELENA, seguida de una elegante modista francesa y un lacayo con paquetes.

ANT. Soy justo, mamá política.

ELENA. Buenos dias.

PROSP. Doña Elena!

PEPITA. *Madam marí*! (1)

MODISTA. *Madmoasel*. (Dánse las manos.)

ELENA. Cómo sigue mi Enriqueta?

ANT. La madre y el niño siguen
bien.

ELENA. Jacinto, deja
en mi cuarto esos paquetes...
(Váse el lacayo.)

ANT. ¿Son vestidos?

ELENA. Y otras telas.
(Sigue hablando con Antonio.)

PROSP. (Quién es esta señorona?) (Ap. á Pepita.)

PEPITA. (Una modista francesa,
Madam Marí!)

PROSP. (Qué elegante!
Es muy guapa!)

PEPITA. (Y muy carera!
Cuando me vistan de largo
mi modista será esa!)

---

(1) Pronúnciese como aparece escrito.

ELENA. Todo está dispuesto?
ANT. Todo.
Ni un sólo detalle queda
por arreglar...
ELENA. Ahora vamos,
que estoy... (Á la Modista.)
MODISTA. Siñora, no tenga
usted prisa... (Un poco de acento francés.)
ELENA. Muchas gracias.
ANT. He convidado á la prensa
y yo mismo he escrito el suelto
para *La Correspondencia.*
ELENA. Qué previsor! Te conozco.
Al llegar á la reseña
(Hablan aparte y sentados junto al velador.)
de grandes hombres y títulos
que han acudido á la fiesta...
ANT. He puesto cincuenta y seis...
ELENA. Mal hecho. Copias entera
la *Guía de Forasteros.*
ANT. En diez columnas y media
no caben todos los nombres...
y aquí un suelto largo cuesta
un sentido.
ELENA. Bien, se paga!
Ya reparas en miserias?
Te vas haciendo muy ruin!
Á no ser por mí, en la iglesia
hubiéramos bautizado
al niño como á un cualquiera,
teniendo capilla en casa!
ANT. Es muy caro!
ELENA. Linda tema!
Me olvidaba de un detalle:
hay que dar dos mil pesetas
á los pobres, de limosna!
ANT. Dos mil? Es mucho.
ELENA. Si hubiera
de quedar la caridad
oculta entre las tinieblas,
sería mucho.
ANT. Sí.

ELENA. Pero
hablando de ello la prensa
es menester... Estas cosas
se han de hacer... así... bien hechas.
La cuestion no es de los pobres.

ANT. La cuestion es que se sepa.

ELENA. Claro está: corrige el suelto.

ANT. Le voy á hacer una enmienda.

ELENA. Dime, has puesto mucho bombo?

ANT. Seis bandas y doce orquestas
no producen más estrépito.

ELENA. Bien; añade unas trompetas.

ANT. Verdi puro! Será un suelto...

ELENA. Muy ruidoso.

ANT. Mucho. Letra
mia y música de Wagner.

ELENA. Tiene gracia la ocurrencia!
Me voy, que están esperando.
Oh! *pardon*...

MODISTA. (Muy fina.) No... Doña Elena...
(Excusándose.)

ELENA. Vamos... y ven tú, Pepita...
verás que hechuras tan bellas.
Don Próspero... (Saluda.)

PROSP. Gran señora...
(Cierta ironía.)
Adios...

ELENA. (No te comprometas
si te habla de Elisa.) (Ap. á Antonio.)

ANT. Bueno.

ELENA. Tengo favorables nuevas
de Enrique.

ANT. Me alegro mucho.

PROSP. (Cuando tanto secretea...)

ELENA. (Lo que has de hacer es pedirle
dinero.

ANT. Santa Teresa.
Está escamado.

ELENA. No importa,
tú tienes buena muleta.)
Vámonos.

PEPITA. Bueno. Cuando gustes.

(Dirígense los tres hácia el hotel.)

ELENA. Gracias, ¡Jesús, qué cabeza!
De lo mejor me olvidaba.
Id subiendo la escalera
(Suben al hotel la Modista y Pepita.)
Quién dirás que está en Madrid?

ANT. Qué se yo?

ELENA. Á ver si lo aciertas?
Julio.

ANT. Julio? Qué me dices? (Aparece Enrique.)
Cá! No es posible.

ELENA. De veras.
Lo ha visto Enrique.

ESCENA IV.

DICHOS y ENRIQUE.

ENRIQUE. Doy fe.
Señores... (Saludando.)

ANT. Sí? Qué me cuentas...

ENRIQUE. Me ha dicho que vendrá á verte.

ANT. Me alegro mucho!

ENRIQUE. Si vieras
qué conversion de carácter!
Sí, chico, ha dado una vuelta...

ANT. No es por recordarlo, pero
conmigo tiene una deuda.
Un piquillo respetable,
mas aunque saldar quisiera...
yo no... Cuánto ha derrochado!
Era su fortuna inmensa.

ELENA. Su padre murió?

ENRIQUE. Hace un año
dejando todas las rentas
empeñadas y aun vendidas
varias fincas de las buenas.

ANT. Era gastador?

ENRIQUE. Él, no.
Julio ha sido un calavera
y destrozó la fortuna.

ELENA. Bah! Cuatro cuartos! (Desden.)

ENRIQUE. La pérdida
de su padre y el estado
deplorable de su hacienda
lo impresionaron de un modo...
Vamos... que ha sido completa
su curacion. Se detuvo
á tiempo, si no á estas fechas
se hubiera pegado un tiro
ó estaría en la miseria.

ELENA. Bah, no tanto!

ENRIQUE. Él se administra.
Ha acabado su carrera
de abogado y ahora viene
á doctorarse.

ANT. Me dejas
como aquel que ve visiones.

ENRIQUE. Hace una vida modesta.

ELENA. Vive en un pueblo! (Desprecio.)

ENRIQUE. En el suyo.

ELENA. (En son de burla.)
Viendo la naturaleza
con sus fuentes y sus pájaros.
La vida de los babiecas!

ENRIQUE. Se ha vuelto muy económico.

ELENA. Un avaro! (Con mal modo.)

ANT. De manera
que no gasta?

ENRIQUE. Lo preciso.

ANT. Pues mira, es un buen sistema.

ELENA. (Malo.) Y en qué ha de gastar
metido en aquella aldea?
Para hablar con el alcalde
y jugar con el albéitar
y con el barbero al solo!!...
Qué ridícula existencia!
Pero hay mucho más.

ANT. Sí?

ELENA Julio,
—Enrique es el que lo cuenta.—
Julio ha comprado una hucha.

ENRIQUE. Y es verdad. Y mete en ella
una porcion de dinero

todos los dias de fiesta.

ELENA. Como un colegial en Pascuas! (Burla.)

ENRIQUE. Como un niño de la escuela!

ANT. (Reflexivo sin darse cuenta de ello.)
Pues mira, mi bisabuelo
con una alcancía de esas...
y viviendo como Julio
hizo una fortuna inmensa.

ELENA. Tiempos del oscurantismo!
Qué gentes! Estaban ciegas!

ANT. Tenían mucho dinero!

ELENA. (Esto va mal.)

ANT. Y mi abuela
era lo más económica...

ELENA. Pero *La Correspondencia*
no habló de vuestros bautizos.

ANT. Bien...

ELENA. Y mañana la prensa
y el mundo se ocuparán
del de tu hijo. (Como fascinándolo.)

PROSP. (Qué vieja!)

ELENA. Ya verás cuántos elogios!
Muchos! Columnas enteras!
Y te envidiarán las gentes.

ANT. Eso es verdad. (Sonrie ya cambiado.)

ELENA. Y Enriqueta
tendrá orgullo de ser tuya.
—Vamos á ver á la enferma? (Á Enrique.)
El brazo. ¡Qué tunantillo!
(Acaricia á Antonio.)
De esta recepcion espléndida,
lo verás, van á ocuparse
las naciones extranjeras.
(Ap.) (Que pidas ese dinero.)
Á ver cómo lo trasteas.
Ya te sonries... Bribon!
Si yo no te conociera... (Muy mimosa.)
Ay, qué sería de tí
si no fuera por tu suegra!
(Váse con Enrique por el hotel. Durante esta escena D. Próspero ha estado sentado en una silla á cierta distancia.)

ESCENA V.

PRÓSPERO y ANTONIO.

PROSP. (Si como ella fueran todas
medraban los usureros!
Á bien que entre mucho malo
tiene el mundo mucho bueno.)
ANT. He tenido mucha suerte!
Qué suegra, eh?
PROSP. Ya lo creo!
ANT. Una alhaja!
PROSP. Superior.
Firmó usted los documentos?
ANT. Aquí están. Seis pagarés
y la escritura. (Le da los documentos.)
PROSP. (Ya preso
quedas en mis garras) Justo.
(Esto va bien, ya tenemos
escritura de depósito.
No es grande la suma, pero
basta para sujetarle.)
ANT. Corresponden á los préstamos
hechos hasta ayer.
PROSP. Corriente.
(Antonio echa cariñosamente el brazo al cuello de D. Próspero.)
ANT. Necesito más dinero.
PROSP. Difícil es, muy difícil!
ANT. Para usted?
PROSP. Si no lo tengo;
me lo consume usted todo...
ANT. Vendrán cuentas...
PROSP. Ya lo veo.
ANT. Y no las podré pagar.
Ya ve usted...
PROSP. Y lo primero
es cancelar la escritura
de don Cosme... Él está inquieto.
Ya se dió el auto de embargo.
Yo lo voy entreteniendo,
pero el hombre, si no cobra...

ANT. Vamos...

PROSP. Qué?

ANT. Sea usted bueno.

PROSP. Pero si no tengo un cuarto,
ni un maravedí.

ANT. Te veo.

PROSP. En fin, hablemos claritos.
Qué hay de Elisa? Qué tenemos?
Se casa ó no con Enrique?
Á mí se me está teniendo
siempre en jaque.

ANT. Doña Elena
hace terribles esfuerzos
para vencer á la niña,
porque su mayor deseo
es casarla con usted,
pero Elisa...

PROSP. Bueno, bueno!

ANT. Sea usted justo, don Próspero.
Enrique es jóven y apuesto
y su padre es millonario.
Gran bolsista y gran banquero.
Hombre muy emprendedor.
El bolsista de más pecho
que hay en la Bolsa. Ahora lleva
entre manos un proyecto...
Triplicará su fortuna.

PROSP. Ó quedará sin un céntimo.

ANT. Tiene cuatro ó cinco coches
y unos caballos soberbios.
Vive en París y esto halaga
á la niña...

PROSP. Lo comprendo.
Yo soy un tipo ridículo,
un miserable...

ANT. No es eso.

PROSP. Pero la niña qué dice?

ANT. Cuando mamá le habla de ello
se limita á contestar...
«Ya veremos, ya veremos.»

PROSP. (Lo verá y lo verán todos;
yo realizo mi proyecto;

basta de burla y de escarnio.)

ANT. Vaya, viene ese dinero? (Muy mimoso.)

PROSP. Ahora no... Tal vez mañana.
«Ya veremos, ya veremos.»
(Con mucha intencion la última frase. Váse por el foro. Queda Antonio como hecho de piedra.)

ESCENA VI.

ANTONIO y ELISA.

ANT. Como una estátua me deja.

ELISA. (Por la escalera del hotel.)
Antonio, sube corriendo,
que te llaman.

ANT. (Muy contento.) Será el niño?
Sí, dice, «papá.»

ELISA. Qué necio!

ANT. Es que estoy con la alegría
que no sé lo que me pesco. (Váse corriendo.)
(Elisa es una jóven muy rubia y vestida con extremada elengancia. Ya no es la niña franca y sencilla del acto pimero. Trae unos figurines y un periódico de modas, que deja sobre el velador.)

ESCENA VII.

ELISA, JULIO y un LACAYO.

ELISA. Pobre Antonio! Es buen muchacho.

LACAYO. Daré el recado en seguida.
(El Lacayo, que ha precedido á Antonio, entra en el hotel con una tarjeta en la mano.)

ELISA. (Un caballero!

JULIO. Una jóven!
No me engaño!)

ELISA. Julio!

JULIO. Elisa!

ELISA. Antonio? Antonio? Mamá?
(Llamando á voces muy contenta.)

JULIO. Jesús! Qué desconocida
la encuentro á usted!

ELISA. Un poquito.
(Yo no sé; me ruboriza
esa mirada.) (Baja los ojos.)

JULIO. (Ya es rubia!
Ya no tiene el perfumista
que sobre el cútis de nacar
dos claveles le ponía.
La mano de doña Elena!
Mujer fatal? Otra víctima!)

ELISA. (No me atrevo á alzar los ojos.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ANTONIO y en seguida DOÑA ELENA.

ANT. Toma, y por qué no me avisas?
Que está Julio en el jardin!
Julio!

JULIO. Antonio! Así. (Se abrazan.)

ANT. Por vida...

ELISA. Y la señora?

LACAYO. Ya sale.

(Váse el Lacayo por la derecha.)

ELENA. Tanto bueno!

ANT. Mira! Mira!
Aquí tienes al gran Julio!

ELENA. Un abrazo...

JULIO. Sí, hija mia.

PEPITA. Y no hay otro para mí?

JULIO. Pues no ha de haber, Josefina?
Qué guapa estás!

PEPITA. (Á su madre.) Ya lo ves.

JULIO. Muy guapa!

PEPITA. Pero vestida
de corto. (Con disgusto.)

JULIO. Si eres pequeña!

PEPITA. En esta casa se mima
á todos menos á mí!
¡Cómo soy la pequeñita!
Para Elisa y Enriqueta
se despilfarra y se tira
la casa por la ventana;

para la pobre Pepita
nunca hay dinero!

ELENA. Qué calles!
siéntese usted en esa silla.

PEPITA. (*Sentándose á su pesar.*) Bien.

JULIO. No la regañe usted.
Pues, Antonio, mi venida
tiene dos objetos. Uno
el placer de esta visita
á mis antigúos amigos.

ANT. Lo mismo que te querían
te quieren.

JULIO. Y es el segundo
saldar una cuentecilla
que tengo contigo.

ANT. Calla!

JULIO. Oh, sí: en nuestra despedida,
dos años hace por cierto...
En el Cabañal... ¡Qué dias!
Pero ya se olvidó todo.
Para aliviar mis desdichas
me diste una cantidad
de alguna importancia. (*Saca una cartera.*)

ANT. Quita.

JULIO. Aquí la tienes.

ANT. Perdona,
Julio, que no lo reciba.
Entre nosotros no hay deudas
No la quiero.

ELENA. (Este hombre es lila!)

JULIO. En ese caso permíteme
que haga otra cosa. Pepita?

ELENA. Qué va usté á hacer?

ANT. Pero Julio?

JULIO. Ten, para cuando te vistan
de largo.

PEPITA. Si? muchas gracias.
No, no señor...

JULIO. Pobrecilla!
Vamos, toma.

PEPITA. Si mamá...

ELENA Tómalo, bien.

PEPITA. (Toma la cartera.) Qué alegría!
Un abrazo. (Abraza á Julio.)

ELENA. No la pierdas.

PEPITA. Cá! Se la daré en seguida
á mi padrino. (Ap. á Julio.) (Si nó,
es seguro... el mejor dia
en haciendo falta un moño
entre los dos me la birlan.)
(Por la cartera. Váse.)

ANT. Estás algo envejecido!

ELENA. (Y qué cursi! de levita!)

ANT. Y algo atrasado... (Por la ropa.)

JULIO. Sí, ahora
no despertaré tu envidia
con la variedad de trajes.
(Julio viene bien vestido, pero con modestia.)

ELENA. Para qué los necesita?
Para enterrarse en el pueblo
y andar entre las gallinas?

ANT. No empiece usted.

JULIO. Déjala.
¡Es bastante más tranquila
mi existencia que era entónces!

ELENA. Claro, la filosofía
de todos los cursis...

ANT. Vamos.
(Sale el Lacayo y en una bandeja presenta á Antonio una carta.)

LACAYO. Señorito.

ANT. Otra esquelita?

LACAYO. Esperan contestacion!

ANT. Del Marqués... será servido.
Ven por ella. (Al Lacayo.)
(Á Antonio.) Me permites...

JULIO. Ya lo creo.

ANT. (Esto me intriga.)
(Váse por el hotel.)

ESCENA IX.

DOÑA ELENA, ELISA, JULIO.

ELISA. Y usted, Julio, se resigna

á vivir en el rincon
de un pueblo?

JULIO. Con ilusion.

ELISA. Es una existencia indigna
de usted. (Siéntanse junto al velador.)

JULIO. No tal.

ELISA. Sí por cierto.

JULIO. En mi triste desamparo,
ese pueblo ha sido el faro
que me ha conducido al puerto.

ELISA. Nunca en la aldea se pasa
como aquí!

JULIO. Mejor.

ELENA. Muy bien.
Vaya. Pues si así tambien (Irónica.)
la gente se queda en casa!
Y se gasta mucho en ropa,
y en bailes, música y mesa!
Los jueves de la alcaldesa
son famosos en Europa!
¡Qué lunes da el boticario!
¡Qué viernes la secretaria!
Mucho! Y la veterinaria
da cada té literario!...
(Más irónica cada momento.)

ELISA. Y son tés danzantes?

ELENA. Sí.

JULIO. Lo que es tés se dan bastantes:
no danzantes, los danzantes
se han quedado por aquí.
(Rien las señoras.)

ELENA. Se ha picado usted?

ELISA. Sí.

JULIO. Cá!
No soy yo tan susceptible!

ELENA. Vamos, parece imposible
que viva usted por allá.

JULIO. Hay una razon.

ELISA. La sé.

JULIO. Sí?

ELISA. Julio está enamorado.

ELENA. Puede que hayas acertado...

ELISA. Pero perdido.
JULIO. No á fe.
ELISA. De alguna labradoraza
de esas gordas, carrilludas.
ELENA. Sí, de aquellas mofletudas
que beben en alcarraza.
ELISA. Y eso á falta de perol,
que si no con él se avienen.
(Todo ello en son de burla.)
ELENA. De esas redondas que tienen
cara de reló de sol.
ELISA. Con dos manchas de carmin
en las mejillas.
ELENA. Eso es;
como el músico despues
de un solo de cornetin.
ELISA. Ay qué colores!
JULIO. Muy bellos.
ELISA. Pero hacen volver la vista.
JULIO. Pues busque usté un perfumista
que los haga como aquellos.
(Con marcada intencion.)
ELISA. Más bonitos, sí señor.
El mio es más elegante.
JULIO. Hay no más un fabricante
que elabora aquel color.
ELISA. Tiene usté buena memoria.
JULIO. Yo?
ELENA. Más que galantería.
Mucha más.
JULIO. Señora mia,
qué quiere usted? Yo hago historia.
ELENA. Al fin de pueblo!
ELISA. Mamá!
(Como reconviniéndola.)
JULIO. No me ofende.
ELISA. Vamos, vamos.
(Tranquilizándola.)
ULIO. Sí señor, muy mal estamos
los que vivimos allá.
Ni la moda nos auxilia
ni el lujo con sus placeres,

ni aquellas pobres mujeres
al ser madres de familia,
al niño que nace en pos
de honrada y modesta boda,
incautas le hablan de *moda*
ántes casi que de Dios,
ni con locura inaudita
de mil modos lo componen,
ni el primer libro que ponen
en su tierna manecita,
es el espejo fatal,
consejero adulador
que luégo en edad mayor
hace mentir al cristal,
porque á fuerza de mirarse
cada cual y componerse,
tan hermoso llega á verse
como quiera imaginarse.

ELENA. Exacta fotografía
da el espejo... y... (Se detiene.)

JULIO. (Incitándole á seguir.) No padezca.

ELENA. Justo es que usted lo aborrezca
si se ha mirado algun dia.

JULIO. Y usted se mira?

ELENA. Yo sí... (Se repite el juego.)
No se quede usted perplejo.

JULIO. Qué la dice á usté el espejo?
Venga, qué la dice?

ELENA. Á mí...
Que aún estoy bien.

JULIO. Bueno, basta.
Pues se ve usté á poca luz
ó debe ser andaluz
el espejo que usted gasta.
(Con finura esta especie de insulto.)

ELENA. Julio!

ELISA. La revancha toma.

JULIO. Es cierto, anduve inhumano.

ELENA. Lo dije... al fin provinciano.

ELISA. Más vale tomarlo á broma.
(Se levantan los tres.)

ELENA. Buenas razones adujo.

Conque usted, segun parece,
querido Julio, aborrece
la moda?

JULIO. Y con ella el lujo.
Y no de manera ambigua,
que si estuviera en mi mano...

ELENA. Pierde usted el tiempo en vano.
La moda es costumbre antigua
y respetarla es preciso.
En un tiempo solamente
no le dió culto la gente.
Me refiero al paraiso.
No había más moda que una...
y cómoda!

JULIO. Ya sé yo...

ELENA. Muy sencilla. Mas duró
poco tiempo por fortu na,
porque la serpiente lista
intrigó y vino el desastre.

JULIO. No fué serpiente, fué un sastre
con ayuda de modista.

ELENA. Tiene gracia!

ELISA. Pues señor,
sin la moda caprichosa,
sin esa deidad hermosa,
sin el fausto embriagador,
yo no comprendo la vida!

JULIO. (Pobre Elisa, qué cambiada!)

ELISA. Qué se hace en los pueblos?

ELENA. Nada.

JULIO. En mi aldea apetecida
tambien á la moda un templo
se levanta.

ELISA. Ménos mal.

ELENA. Oh! no es posible!

JULIO. Sí tal;
allí es moda, por ejemplo,
y nadie á hollarla se atreve,
que el negro de la niñez
solamente la vejez
lo cubra de blanca nieve;
(Elisa va bajando los ojos.)

que la juventud avara
guarde, como no tocados,
los claveles sonrosados
que Dios le puso en la cara.
Que aprenda á deletrear
en la escritura... Eso es.
Como que aprenda despues
la señorita á pensar...
no en *La Moda de París,*
(Quitando cortesmente de la mano á Elisa un periódico de modas.)
que esa sirve para nada!
En la perfecta casada
del eminente Fray Luis;
que se la diga: «Leed,
y con los ojos bien fijos.»
Moda es tambien que los hijos
al padre le hablen de usted.
Es moda allí muy corriente
besar al padre, que ufano
presenta al niño la mano
y al hombre le da la frente.
Allí es moda trabajar,
y la moda más completa
es coser y hacer calceta,
cuidar la casa, rezar,
y formar un buen rincon
y vivir, sin una pena.
Ya lo ve usted, doña Elena,
vejeces de lugaron.

ELENA. Qué homilía tan importuna!

JULIO. Eso es moda y no lo es
vivir al dia despues
de gastar una fortuna.
Ni es moda tampoco allá,
y no á censurarla voy,
decir: «Bien salgamos de hoy
que mañana Dios dirá!»
No es moda que la mujer,
como ya creo haber dicho,
por vanidad, por capricho
ó por el bien parecer

gaste en perfumes de China
ó en vanidades de tienda
ya el producto de una hacienda,
ya el sueldo de una oficina,
ó el legado de un pariente
ó el patrimonio heredado,
sin duda todo ganado
con el sudor de la frente.
Porque esa perpétua feria
en que la mujer hoy luce,
doña Elena, eso conduce
sin remedio á la miseria.
Ya sé, en llegando á este artículo
usted dirá, sí señor,
que soy un declamador...
un filósofo ridículo...
que en su opinion desatina,
que soy un loco de atar
y que me deben cerrar
la calle de Espoz y Mina;
que me van á hacer prender
en viendo un rayo de lüz,
Garin, Carmona, Eguiluz
Marzo, Mellerio y Samper;
más yo diré de mil modos
que el lujo causa es marcada
de la miseria dorada
en que viven casi todos.
Aunque no pueda mi influjo
corregir el mal que sello,
yo gritaré á voz en cuello
«ménos lujo, ménos lujo!»
Y en apoyo de esta homilía
que usted hallará exagerada,
yo apelo á la voz honrada
de los padres de familia.

ESCENA X.

DICHOS, ANTONIO en el balcon y ENRIQUE por el hotel.

ENRIQUE. Pero qué voces son estas?

ANT. Julio?
JULIO. Qué!
ANT. Sube en seguida.
Te necesito al instante...
Sube...
JULIO. Si me necesitas... (Antonio entra.)
ELISA. Voy á coger una flor... (La coge del rosal.)
ELENA. Si rompe usted la alcancía
lo primero que ha de hacer
es comprar una levita. (Váse.)
JULIO. No me hace falta, señora,
la que llevo está muy limpia.
ENRIQUE. Cómpratela, vas muy cursi.
Vas á despertar la risa
del salon. (Julio se encuentra en la escalinata.)
JULIO. Y qué me importa?
ENRIQUE. Tienes la facha ridícula.
JULIO. (En voz baja á Enrique para que no lo oiga Elisa.)
Escucha, Enrique, en lugar
de pensar en tonterías
(Ha bajado al proscenio.)
de si voy ó no elegante,
trata de saber si Elisa
te quiere á tí ó al dinero
de tu padre... Lo averiguas
y ya hablaremos despues. (Váse por el hotel.)
ENRIQUE. (Aquí me ha abierto una herida.)

ESCENA XI.

ENRIQUE, ENRIQUETA. Ésta trae una flor y va á entrar en el hotel sin pararse á hablar con Antonio.

ENRIQUE. Oye.
ELISA. No.
ENRIQUE. Es una palabra.
ELISA. Si es una sola, bien; sea.
ENRIQUE. Te marchabas sin decirme...
decir?... ¡Ni mirar siquiera!
ELISA. Sí, como estás tan alegre!
ENRIQUE. Tú en cambio estás bien risueña.
ELISA. Tengo motivos.

ENRIQUE. Pues no!
ELISA. Veo á mi hermana contenta
y dichosa con el hijo
que el cielo de amor en prenda
le acaba de conceder.
Veo cercana la época
de un enlace ambicionado
que mis esperanzas llena.
Por qué, pues, si es alegría
todo cuanto me rodea,
ha de empañar mi semblante
ni el dolor ni la tristeza?
ENRIQUE. Es verdad. Y es muy dichosa
tu hermana?
ELISA. Pobre Enriqueta!
Muy dichosa!
ENRIQUE. Es natural!
El primer hijo... lo besa?
ELISA. No lo besa, se lo come,
es decir... si no berrea,
que ha salido más lloron...
Mi hermana se desespera
y lo riñe.
ENRIQUE. Á los dos dias!
ELISA. Hijo, si da una jaqueca
con su llanto... ¡Qué pulmones!
Tenores hay de zarzuela
con ménos voz que el chiquillo.
ENRIQUE. Y cuando llore, Enriqueta
lo acariciará en su seno
amorosa, dulce y tierna.
ELISA. Sí, un ratito, y si no calla
se lo endosa á la niñera.
Para eso tiene dinero,
para ahorrarse pejigueras.
ENRIQUE. Son pejigueras los hijos?
ELISA. Cuando lloran lo son buenas.
Y éste no calla á no ser
que lo coja la pasiega.
Yo no sé qué tiene el ama.
Ah! sí que lo sé... Tontuela!
ENRIQUE. Es decir que no lo cria?

ELISA. Criar? Mi hermana no es de esas.
Ni ella el encargo aceptara,
ni mamá lo consintiera.
Criar es, segun mamá,
oficio de jornaleras,
y mi hermana es harto rica...

ENRIQUE. Es verdad!

ELISA. Pues buena es esa!
Dice mamá, y yo lo creo
porque es voto en la materia,
que ese oficio desfigura,
aja el cutis, vuelve feas,
anticipa la vejez

ENRIQUE. Tiene razon doña Elena!
Darle vida á un hijo propio;
prestarle las propias venas,
con una savia no más
sostener dos existencias..
Eso no! Si el cielo ha dado
á las pobrecitas hembras
la desgracia de los hijos,
ya neutralizó la pena
criando con mano próbida
las montañas suculentas
de tierra de Santander.

ELISA. Sí señor, y las gallegas.

ENRIQUE. La tierra de promision.

ELISA. Yo llamaría á esa tierra
el restaurant infantil
de la península Ibérica.

ENRIQUE. Eso es pensar con cordura.

ELISA. Y luégo, que esa faena
no deja un momento libre,
siempre con el rorro á cuestas.
Ni se puede ir al teatro,
ni á hacer visitas siquiera,
sin exponerse al ridículo
de una exhibicion grotesca.
No señor, mira á mi hermana.
Pues aunque estuviera buena
hoy no podría la pobre.

ENRIQUE. Qué está ocupada?

ELISA. Y de veras.
ENRIQUE. En qué?
ELISA. Con madam Marí.
ENRIQUE. Quién?
ELISA. La modista francesa.
Es preciso estar en todo.
Es verdad que hoy está enferma;
pero ya comprenderás
que cuando se restablezca
ha de ir á misa mi hermana.
ENRIQUE. Cabal.
ELISA. Y á una misa régia!
Hay que devolver visitas.
ENRIQUE. Vaya! La cuestion es seria!
ELISA. Y no se hace muchos trajes,
no señor, una docena.
En fin, no más lo preciso.
ENRIQUE. (Con mucha intencion.)
Y tú tienes celos de ella?
ELISA. Por qué he de ocultarlo? Sí.
¡Qué harta estoy de ser soltera!
Estado más fastidioso;
Enrique, yo no soy dueña
de un céntimo. Á la mamá,
—francamente y da vergüenza,—
he de acudir para todo.
—Mamá, botitas!—¡Pequeña!—
—Mamá, polison.—Mañana.—
—Mamita, que yo quisiera
un traje de terciopelo!
—Cuando te cases, contesta.—
—Un reló.—Cuando te cases.-
—Ay, mamita, si supieras
qué abrigos ví el otro dia...
me los comprarás. Y vuelta
al «cuando te cases.» Yo
por no escuchar esa tema
quisiera casarme hoy mismo.
Ay, sí, romper las cadenas
de esta esclavitud, Enrique.
Tú eres bueno, yo soy buena
y como querrás que luzca

y que radiante aparezca
entre todas mis amigas,
porque en el hombre reflejan
las venturas de la esposa;
tú cuidando de la hacienda,
yo honrándote con mi lujo,
sabrá hacer esta pareja
un Eden del matrimonio
y otro cielo de esta tierra;
y adios, que ya debe estar
impaciente mi Enriqueta. (Váse corriendo.)

ESCENA XII.

ENRIQUE solo.

ENRIQUE. Pues señor, estamos bien.
No ve la chiquilla esa
su esposo en mí, ve el cajero
que las facturas solventa.
Buena educacion recibe.
En cuanto mi esposa sea
no vivirá con su madre.
(Suenan las cinco en el reló del hotel.)

PEPITA. Ya va á comenzar la fiesta,
padrino.

MANUEL. Sí.
(Por diferentes puntos del teatro llegan varios convidados.)

PEPITA. Esta es la hora
fijada. Tambien mamá
hará pública la boda
de Elisa... Yo... ya sé el novio
que eligen... soy más bribona.

ESCENA XIII.

DICHO, DOÑA ELENA, ANTONIO, PEPITA, D. MANUEL Y MUCHOS DE ACOMPAÑAMIENTO, vestidos de alta etiqueta: poco despues JULIO.

ELENA. ¡Qué contrariedad! Dios mio!

ANT. Si aunque quemaran la Bolsa!...
ELENA. Conque sin padrino?...
ANT. No...
ELENA. Vaya! (Muy sofocada.)
ANT. No tanto, señora.
ELENA. Bien; pero el marqués...
ANT. Me dice
(Tiene en las manos la carta del marqués.)
que por asuntos de monta
sale por al extranjero...
No le ocurre una bicoca,
le va en ello la fortuna.
Que se haga la ceremonia
del bautizo en nombre suyo...
ELENA. Bien, y qué hacemos ahora?
ANT. Yo tengo padrino, Julio!
ELENA. Quieres callar? Me encocora!
valiente padrino buscas
para un bautizo con pompa!
(Julio está oyendo todo.)
ANT. Lo he comprometido ya.
Julio es un muchacho de honra.
ELENA. Sin frac ni corbata blanca...
Ya está pasado de moda...
(Destemplada.)
Jesús! Qué diría el mundo?...
Cá, seríamos la mofa
de los salones. Qué lenguas!
Qué burlas, verdad, señoras?
(Consultando á unos y á otros.)
Padrino más ordinario!
Un padrino así deshonra!
Ni quiero que se avergüence
mi nieto despues...
(Todos se asocian á su idea.)
JULIO. Señora...
(Pausa. Julio pasea una mirada por los circunstantes.)
Si torpe murmuracion
critica en esos salones
la ropa haciendo girones,
enseñaré el corazon,

y tan honrado, tan sano,
tan noble lo ha de encontrar
que lo habrá de saludar
con el sombrero en la mano.
(Con fuerza.)
Esa acusacion mezquina
me obligó á perder la calma,
se apadrina con el alma
que la ropa no apadrina.
Será, señora, quizás
el hombre más caballero
porque el ala de un sombrero
tenga un centímetro mas?
Honrado sólo ha de ser
el que á la moda del dia
se vista en casa Mejía
ó de Sanchez Esteller?
De sus modas usté en pos
ciega está, voto á mi nombre!
La ropa la forma un hombre
y el alma la forma Dios.
(Con solemnidad.)
Cuándo pidió el cristianismo
esta necia esclavitud? (La de la ropa.)
Se debe llevar virtud
á la pila del bautismo.
Lujo! Pernicioso afan!
Pompas! El Señor me asista!
Qué lujo llevó el bautista
á las aguas del Jordan?
Yo he de apadrinarlo, yo.
En su padrino primero
podría haber más dinero,
más honra y vergüenza, no.
(Con entereza.)

ELENA. (Hablador!)

ANT. (Óyese el órgano.) (Cállese usted.)

JULIO. Hácia la capilla vamos.

PROSP. (Golpe, y seguros quedamos.)
(Á Doña Elena.)
Hágame usted la merced.

ELENA. (Yo no sé lo que me pasa.)

ESCENA XIV.

DICHOS, un poco ántes ha salido D. PRÓSPERO acompañado de un caballero.

PROSP. (Ap. á Doña Elena.)
Presento á usted á don Pio,
un notario, amigo mio...
que viene á embargar la casa.
(Ap. á Doña Elena.)
ELENA. (Jesús!)
ENRIQUE. (Á Julio.) No viene el marqués!
ELENA. (Pues es un grano de anís.)
JULIO. (No; se ha marchado á París
para asunto de interés.)
Ha quebrado su banquero,
y marchará á que le explique...
(Han seguido hablando ap. D. Próspero y Doña Elena.)
ELENA. Casarla yo con Enrique...
Me ofende usted, caballero.
MANUEL. Se anuncia la boda ó no?
ELENA. Cumplir lo dicho precisa.
PEPITA. Lo de la boda?
ELENA. Sí, Elisa
se casa... (Queda en el centro del teatro.)
ELISA. (Ya lo sé yo.) (Esperanzada.)
ELENA. Con don Próspero Valrobre. (Sensacion.)
PROSP. (Al notario.)
Yo la deuda pagaré! (Muy risueño.)
ENRIQUE. (Fuera de sí y ap. á Julio y Antonio.)
Se me ha engañado? ¿Por qué?
Di por qué?
JULIO. Porque eres pobre... (Con pena.)
ENRIQUE. (Á Julio y á Antonio.)
De dónde lo presumís?
Decídmelo, yo lo quiero.
JULIO. (Le enseña la carta del Marqués tomándola de manos de Antonio.)
Mira, es tu padre, el banquero
que se ha arruinado en París.

(Órgano dentro. Enrique queda abatido.)

Bueno es que el valor recobres.

(Como coosejo á Enrique.)

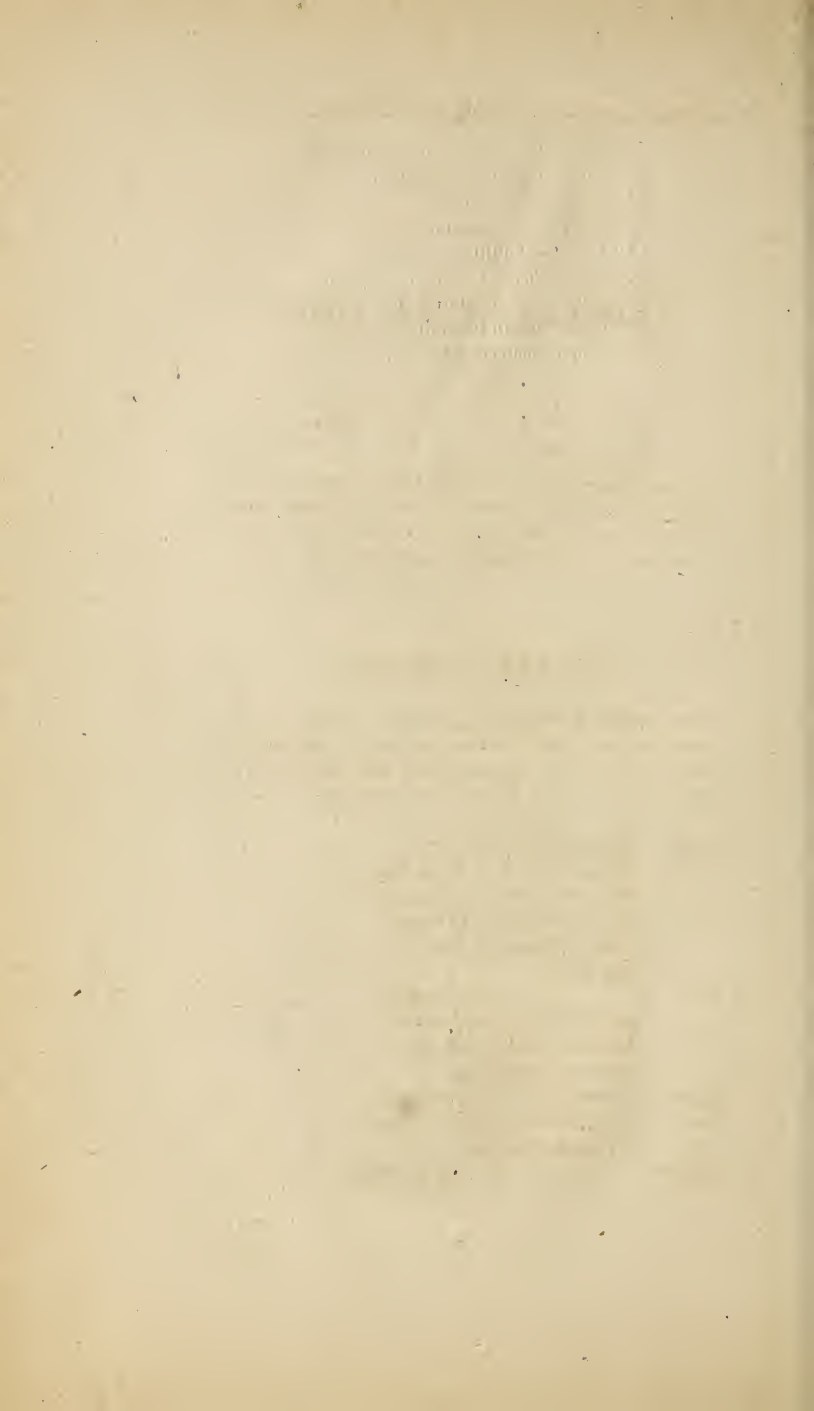
(Á Doña Elena con acritud.)

(Ya van dos víctimas, dos.)

(Doña Elena hace un gesto de desprecio.)

Ven, que en la casa de Dios
los más ricos son los pobres.

(Á Enrique tendiéndole los braros. Cuadro.)



TERCERA ÉPOCA. 1876.

Gabinete elegantísimo en casa de Antonio: puertas laterales: una grande al foro, abierta sobre un magnífico salon de baile: muebles de esquisito gusto: la puerta del foro aparece cerrada. Un elegante secretaire.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ELENA, ENRIQUETA y ANTONIO. Vestidos los tres como para una recepcion de alta etiqueta. Enriqueta sentada á la izquierda. Su rostro expresa el mayor disgusto. Antonio sentado á la derecha. Doña Elena de pie junto á éste.

ELENA. Es necesario salir
de esta noche!... Ya mañana
tranquilizado don Próspero,
viendo firmadas las cartas
y tan próxima su boda
con Elisa...

ANT. No se ablanda
su bolsillo! Es un hebreo.
No fía sobre esperanzas.
Necesita realidades...

ELENA. Viéndolas ya tan cercanas...

ANT. Todo es inútil; don Próspero
no da un céntimo.

ELENA. Con maña

y diciéndole el objeto...
pudiera lograrse...

ANT. Nada.
En cien tonos lo he hecho mil
reflexiones... todas vanas!
Yo no tengo garantías
materiales. Pignoradas
no están mis fincas, señora,
sino vendidas.

ELENA. Qué lástima!

ANT. Violentando mis instintos
recorrí toda la escala
del crédito y el rubor
quemándome está la cara.
He engañado á mis amigos.
Por muy desinteresada,
por generosa que sea
la amistad, al fin se cansa
del abuso!...

ELENA. Lo comprendo:
sí, pero ello es necesaria
para salir de esta noche
una suma, hay que buscarla.

ANT. Pero si no tengo un céntimo!

ELENA. Qué rayo de luz tan clara.
Nos hemos salvado!

ENRIQ. y ANT. Sí?

ELENA. Pepita tiene guardada
la cajita del dinero
en aquel secreter.

ENRIQ. Gracias
á Dios que una vez siquiera
veo á mi madre inspirada!

ANT. Tiene usted mucho talento!
Pero ese dinero...

ELENA. Data
de aquel regalo de Julio.
El dinero lo guardaba
don Manuel...

ANT. Sí; su padrino.

ALENA. Lo ha manejado en su casa
desde entónces... y ha ganado

sus intereses...

ANT. Qué ganga!

ENRIQ. Cuándo han traido el dinero?

ELENA. Habrá dos horas escasas...

ANT. Y aún lo tiene usted guardado?
Parece mentira.

ELENA. Calla!
Qué sabes tú? Si la llave
la ha cogido la muchacha
y sólo Dios sabe donde
la habrá guardado...

ANT. Sí, cáspita!
Pues conoce el personal.

ELENA. Es lo más interesada
la chiquilla!... Y que no tiene
poco apego á lo que llama
su fortuna! Don Manuel
no puso muy buena cara
cuando trajo aquí la suma,
porque seguir manejándola
quería...

ANT. Es justo.

ELENA. Pero ella
contestó.—«Cada cual manda
en lo suyo...»

ENRIQ. Qué descaro!

ELENA. «Mañana por la mañana
necesito ese dinero.»

ANT. Y para qué?

ELENA. Toma, vaya
usté á adivinarlo.

ENRIQ. Bien;
y si Pepa, que es taimada
no da la llave, qué hacemos?

ELENA. La dará á buenas ó á malas.

ANT. Eso no.

ELENA. Ya; por el pronto
conviene catequizarla.

ENRIQ. Aquí viene.

ELENA. Pues chitito.

ANT. La prepararé.

ELENA. Dejádmela.

ESCENA II.

DICHOS y PEPITA.

PEPITA. Mamá?
ELENA. Qué?
PEPITA. Elenita pide
alfileres.
ELENA. Ay qué guapa
viene esta noche mi niña!
(Sentándola sobre las rodillas. Todos la acarician.)
ENRIQ. Qué bonita!
ANT. Es una alhaja!
ELENA. Voy á comprarle más cosas!...
Dame un beso, resalada!
ENRIQ. Y otro á mí!
ANT. Y á mí un abrazo!
PEPITA. (Qué será esto? Me escaman
con tantas zalamerías.)
Y los alfileres?...
ELENA. Calma,
chiquitina de la madre,
tenemos que hablar...
PEPITA. Ánda, anda,
á buena hora...
ELENA. Dí, rica...
No sabes lo que nos pasa?
PEPITA. Yo no.
ELENA. Pues has de saber
que contra lo que esperaba
tu madre... no me han traido
dinero..
PEPITA. (Te veo!)
ELENA. En casa
no hay más capital que el tuyo,
y si quisieras prestada
dejarme esa cantidad...
PEPITA. Si me pasa una desgracia
terrible!
ELENA. Cuál?
PEPITA. Que he perdido

la llave!

ENRIQ. (Será taimada!)

ELENA. No te creo.

PEPITA. Es la verdad.
Estoy há un rato buscándola...

ELENA. Mira que es grave el apuro.

PEPITA. Pero si. .

ELENA. Vendrán á casa
las infinitas personas
que ayer fueron invitadas
para el baile de esta noche.
No se firman unas cartas
de boda... así, tan á secas;
es forzoso celebrarlas
con baile, bufet y refresco,
sopena de ser tachadas
de miserables las gentes
que invitan. Es cosa clara!

PEPITA. Y es ese todo el apuro?
Yo creí que se trataba
de socorrer á un enfermo,
de aliviar una desgracia!
Esas gentes que no cenen
ó que cenen en su casa.
En fin, no tengo la llave.
Yo os autorizo á buscarla,
y si la encontrais abrís
y disponed de la caja.
Pero buscad con cuidado,
porque son grandes las salas,
y luégo como es de noche
y la vista no está clara...
Buscad bien, porque es difícil
que consigais encontrarla. (Váse.)

ESCENA III.

DICHOS ménos PEPITA.

ENRIQ. No me ha cogido de susto.

ANT. La chiquilla es agarrada...

ELENA. Tendré el dinero aunque sea

preciso descerrajarla. (Señalando la caja.)

ENRIQ. En fin, sácanos del lance...

ANT. Pero Enriqueta...

ENRIQ. Cachaza.

ANT. Si es que no puedo!

ENRIQ. Pedimos
un imposible? Repara
que con muy poco... Qué es ello?
Que porque la cuenta es larga
te cierra el fondista el crédito
si un pico al menos no pagas?
Se le da el pico y en paz.

ANT. Me desesperas; tú lo hallas
sencillo.

ENRIQ. Sepa el fondista
que don Próspero se casa
con tu cuñadita...

ANT. Y qué?

ENRIQ. Toma, con esa esperanza...

ANT. He de ir yo con ese cuento?

ENRIQ. Amigo, cuando hace falta...

ANT. Bien, y aunque lo hiciera, ese
pico de dónde se saca?

ENRIQ. Siempre se encuentran recursos
cuando se buscan con ansia.

ANT. Yo los he agotado todos.
Si hasta le he escrito una carta
á Julio...

ELENA. Y qué?

ANT. Aún no ha sido contestada.

ELENA. Tiempo perdido... Un avaro!

ANT. Y contra lo que dictaba
mi corazon, busqué á Enrique...

ENRIQ. Le hablaste?

ANT. Hablé con su hermana.
Enrique no está en Madrid.
Á las seis de la mañana
fué Julio con gran urgencia
á sacarlo de la cama,
y lo mandó no sé dónde
para asunto de importancia,
segun dice su hermanita.

ENRIQ. Sí que estaría, eso es farsa...
ELENA. Y de Elisa, qué te dijo?
ANT. Me preguntó cómo estaba.
Yo le dije que está buena,
un poquito delicada
y nada más...
ELENA. Muy bien hecho.
ANT. Ella saber deseaba
si la enfermedad de Elisa
reconocía por causa
el cariño hácia su hermano,
y saber si fué aplazada
esta boda con don Próspero
por igual razon!
ELENA. Lagarta!
Tú le dirías?...
ANT. Que no.
Lo demas era bañarla
en agua de rosas.
ENRIQ. Claro.
ANT. Como desde la desgracia
de la quiebra han transcurrido...
ELENA. Te diré la fecha exacta.
Quince meses.
ENRIQ. Justo, el tiempo
de mi niño.
ANT. Sí, no falla!
Supimos en el bautizo
la quiebra! Ella es muy larga,
y como trascurre el tiempo
y Elisita no se casa...
sin duda de que su hermano
vuelva tiene esperanza...
ELENA. Verá el chasco que se lleva
en la próxima semana.
Si Enrique es pobre!
ANT. No tal.
Un abogado de fama.
Al verse pobre apretó
con el estudio. Caramba!
Y ha salido un gran talento.
Lo mismo que Julio. Ganan

todo lo que quieren...

ELENA. Sí,
está bien; pero compara
la fortuna de don Próspero.

ANT. Ya lo sabemos.

ENRIQ. Pues anda,
sácanos del apurillo
de esta noche, que mañana
todo nos ha de sobrar.

ANT. Pero de dónde, muchacha.
Yo no puedo. Es imposible.

ENRIQ. No? Pues yo veo una alhaja
en tu mano.

ELENA. Qué? (Turbada.)

ANT. (Dios mio!)

ELENA. Esa sortija empeñada
ya valdrá sobre cien duros.

ELISA. (Dentro.) Enriqueta!

ELENA. Vé, que llama
Elisa.

ENRIQ. Que espere un poco.
Tu deber es empeñarla.

ANT. (Ah! Si supiera al objeto
que la tengo destinada.)

ELENA. (Al oido de Antonio.)
(Que no lo sepa Enriqueta.)

ELISA. (Dentro.) Vienes ó no vienes?

ENRIQ. Calla.

ELENA. No calla, vete en seguida.

ENRIQ. (Pero...)

ELENA. (Quedará empeñada.)
(Váse Enriqueta muy contenta.)

ESCENA IV.

DOÑA ELENA y ANTONIO.

ELENA. Buena inspiracion, verdad?
Esa sortija nos salva.
Ay, empéñala, Antoñito.

ANT. Es de veras? Y esta carta?
(Una que saca del bolsillo.)

Sabe usted que es la segunda,
y que tengo reservada
la cantidad del empeño
para poder contestarla?

ELENA. De todos modos están
las oficinas cerradas
á estas horas. Ya no hay giro.
Mañana sí.

ANT. Y si mañana
no puedo mandar dinero?

ELENA. Yo te empeño mi palabra
de que lo tendrás.

ANT. De veras?
Palabra de honor?

ELENA. Sagrada.
Ántes ó despues, es claro,
hemos de abrir esa caja.

ANT. Pues la empeño y al fondista...

ELENA. Le das dinero y le encargas
que mande la cena.

ANT. Bueno! (Váse.)

ELENA. Ay, Dios mio! Muchas gracias!
El caso es salir de hoy.
Ya me quedo descansada.

ESCENA V.

DOÑA ELENA, ENRIQUETA, ELISA.

ELENA. Jesús, qué bonita vienes! (La besa.)
Anda, que rabien de envidia!

ELISA. Me sientan bien estas flores?

ELENA. Divinamente! Qué rica!
Don Próspero es millonario.

ELISA. Pero es tan feo!

ENRIQ. Tontina!
La vulgaridad de todas!

ELENA. Me encocora esta chiquilla!

ENRIQ. Yo me casé con Antonio
sin quererle.

ELISA. Sí?

ENRIQ. Ni pizca;

pero á fuerza de atenciones,
eso de no haber un dia
sin que me trajera á casa
ya el vestido, la vajilla,
la docena de cubiertos,
el medallon, las sortijas...
me cautivó, y poco á poco
le voy queriendo, Elisita.

ELENA. Lo que pasó con tu padre,
pues el pobre no tenía
que agradecer mucho á Dios.
Chiquitin, una fachita!...
Nacional del treinta y siete.
Yo lo ví en una revista
que pasó don Baldomero
por lo de Mendigorría;
y con aquel morrion
de seis pisos y guardilla,
y el pompon, y el uniforme,
y un sable así, que tenía,
era .. y Dios me lo perdone,
la figura más inícua...
Pues consiguió engatusarme,
que nunca se pasó un dia
sin hacerme algun obsequio
de valor! Pobre Matías!

ELISA. Pero ese amor, ó soy tonta,
ó se acabará, mamita,
en yendo el marido á casa
con las dos manos vacías!

ENRIQ. Hoy estás muy bachillera!

ELENA. Y muy marisabidilla.
Qué ideas!

ELISA. No te incomodes.
Ye te daré una alegría.

ELENA. Cuándo?

ELISA. En viniendo don Próspero.
Me has hecho más picarilla
á fuerza de aconsejarme...

ENRIQ. Para asegurar tu dicha.

ELISA. Que segun tú, se consigue
con astucia y con malicia.

Qué es todo? Que la verdad
no es conveniente decirla?...
Pues muy bien, no la diré.
Precisamenre, mamita,
por hacérmela ocultar,
(ya sé yo qué convendría,)
la llevo desde pequeña
dentro del alma cautiva.

ENRIQ. Por aquí viene don Próspero! (Váse.)

ELISA. Ay, mamá, estoy bien prendida?
(Arreglándose rápidamente el traje.)

ELENA. Estás hecha un serafin.
Muy guapa y elegantísima.
Que ya está aquí! Cuidadito!
Mucho talento!

ELISA. Descuida!

ELENA. Háblale de tú.

ELISA. Eso no.
Se convino el otro dia
en que hasta hacerse la boda
siguiera el usted.

ELENA. Qué rica!

PROSP. Se puede?

ELENA. Vaya!

ELISA. Adelante!

ELENA. Querido! (Tendiéndole la mano.)

PROSP. Señoras mias!

ESCENA VI.

ELISA, DOÑA ELENA y D. PRÓSPERO.

D. Próspero viene vestido de frac y corbata blanca, con arreglo á la última moda. Las patillas teñidas y la peluca denuncian la vejez. Ha de ser el tipo de lo que vulgarmente se llama un viejo verde, pero de mal gusto y peor tono.

ELENA. Qué tarde!

ELISA. Cuando una espera...

PROSP. Es que he estado ocupadísimo.

ELENA. Qué eleganton viene usted!

PROSP. Regular!
ELISA. Hecho un pollito!
ELENA. Bien cortado está ese frac.
PROSP. De veras?
ELISA. Elegantísimo!
PROSP. No es un fiambre del Rastro.
ELISA. Ya se ve que es nuevecito.
PROSP. Si no la etiqueta canta.
(Queriendo enseñar el interior del cuello.)
Con el letrero atestiguo.
«Sanchez Esteller.» Gran sastre.
ELENA. Sí señor, muy conocido.
Alcalá, trece.
PROSP. Eso es.
ELENA. Un entresuelo.
PROSP. Justito!
ELENA. Muy hábil; tanto que á Pepe,
un primo segundo mio,
le ha quitado la joroba.
Poco tieso que anda el chico!
ELISA. La ropa, hay que convenir
en ello, sí, obra prodigios!
ELENA. Cambiarse por ella en guapos
mil fenómenos he visto.
PROSP. Es por mí lo de fenómeno?
ELISA. Cá! Puede usted presumirlo?
ELENA. Usted nunca ha sido feo!
PROSP. Señora!...
ELENA. Usted siempre ha sido
un hombre muy agradable,
si no guapo, vistosillo.
Pero ha ganado usted mucho.
Si le viera á usted su amigo...
PROSP. Qué amigo?
ELENA. Julio, el filósofo!
El de la hucha! (Gran ironía.)
PROSP. Pobrecillo!
Un loco!
ELISA. El que pretendía
restaurar el paraiso? (Rie.)
PROSP. Vaya!
ELISA. Y cambiando de asunto,

digame usted, picarillo,
por qué ha tardado usted tanto?

PROSP. La verdad, voy á decirlo.
Sin salir de casa estuve
esperando un dijecillo
que encargué hace cuatro dias.
Es este que á usted destino.
(Dándole un estuche pequeñito.)

ELISA. Mil gracias! Ay, qué monada!

ELENA. Á ver!

ELISA. Un medalloncito
de turquesas y brillantes.

ELENA. Este del medio es gruesísimo!

PROSP. Símbolo de la firmeza
de mi acendrado cariño.

ELENA. Vé á enseñarlo á todo el mundo.

PROSP. Para qué?

ELISA. Si es tan bonito!

PROSP. Ya los tendrá usted mejores,
más elegantes, más ricos.
Hoy celebramos la boda,
verdad? Pues mañana mismo
partiremos para Francia.
Ya está todo prevenido.
Y en París, centro del lujo,
de la reina moda el nido,
cuna de las novedades
y alcázar de los caprichos,
usted comprará á su antojo
alhajas, muebles, vestidos
y cuanto guste adquirir.
Usté es hermosa, yo rico,
y es justo que mi riqueza
sirva para alzar á su ídolo,
do rendirle culto ardiente
un templo de oro purísimo!
(Elisa queda pensativa.)

ELENA. (Ay! Si me lleva á mí á Francia
en dos dias lo liquido.)

PROSP. (Por qué estará pensativa!)

ELISA. (Será un anzuelo finísimo
para conocer mi idea?)

Hay que vivir sobre aviso!

PROSP. Se ha ofendido usté, Elisita?

ELISA. Sí, la verdad, me he ofendido.
Yo me caso con usted
por lo que vale: no miro
si son sus riquezas muchas.

PROSP. Como usted á Enrique le dijo
que un recurso era la boda
de hallar el libre albedrío
de ser dueño del dinero.

ELISA. Eso dije, y ahora digo
que era una chicuela tonta,
sin experiencia ni juicio;
de entónces acá muy cerca
de año y medio ha trascurrido.

ELENA. (Ya la veo de venir,
qué talentazo!)

ELISA. (Ya es mio!)
Sí, me halaga su fortuna,
puesto que pone al abrigo
del porvenir nuestra vida;
pero sepa usté, amiguito, (*Cariñosa.*)
que le voy á atar muy corto,
muy corto, pero muchísimo!
Miren el derrochador!
Seré dueña del bolsillo,
sí señor, que en esas manos...
Pues me gusta el señorito!
No, don Próspero, esto es broma.
Esclava de mi marido,
mi voluntad será suya,
su mandato el gusto mio!
Pero hay que ser económicos,
hay que guardar, es preciso...
Si la voluntad de Dios
nos concediera algun hijo,
y su peculio gastaramos,
qué fuera del pobrecillo?
Gastaremos la mitad
de la renta, y los ahorrillos
poco á poco irán formando
un rincon para los chicos.

Comodidad, poco lujo,
no déficit, rinconcillo.
Ay! los convidados llegan,
voy á arreglarme el prendido.
Economías, afecto,
mucha calma y mucho mimo,
y un eden será esta casa,
modelo de paz. He dicho!
(Sí, pero del dicho al hecho
siempre diferencia ha habido.) (Váse.)
(D. Próspero queda pensativo y Doña Elena muy gozosa, la observa desde cierta distancia.)

ESCENA VII.

DOÑA ELENA y D. PRÓSPERO.

PROSP. (Vaya usted á comprender...
á Enrique jóven, bien quisto
le habló de gastar en lujos,
sin hablar de su cariño.
Y á mí, un carcamal, un viejo...
me transforma en dios Cupido.
Y quiere hacerme creer...
Será cierto lo que dijo?
Se habrá operado algun cambio
viniendo aquí el paraiso?)
(Mientras esta última frase, queda Doña Elena cogida del brazo de D. Próspero.)
No! que veo á la serpiente!
Qué cara de cocodrilo.)
(Viendo á Doña Elenaa.)

ELENA. (Con ridícula coqueteria.)
La oyó usted? Digo, la oiste?
que entre una madre y un hijo...

PROSP. (Valiente mamá me he echado!)
Con mucho placer lo he oido.

ELENA. Qué alhaja!

PROSP. Mucho, qué alhaja!

ELENA. Fruto de consejos mios!

PROSP. Ya se conoce.

ELENA. Acompáñame.
Te agrada el tú?

Prosp. (Con sorna.) Es mi delirio.
(No me tuteabas más,
ni me hacías cariñitos
si estuviera á quince pasos
del estanque del Retiro. (Vánse por el foro.)
(Ya hay gente en el salon, un criado vuelve á cerrar la puerta.)

ESCENA VIII.

ANTONIO, por la derecha, viene muy abatido.

Ya las complací! Reniego
de ser débil! Con razon
de la pena en que me anego,
brotan lágrimas de fuego
que abrasan mi corazon.
Justo es que el dolor me venza.
Mi crímen es inaudito.
(Saca la carta y la besa.)
Solo estoy! Llanto, comienza!
Cuando el hombre se avergüenza
de llorar, es que hay delito.
Lágrimas, podeis correr;
dura pena me acongoja
y ¡es horrible el padecer
del que llora sin tener
quien el llanto le recoja!
Feliz quien pueda quejarse!
Llorar, teniendo un amor
y en su seno lamentarse,
no es llorar! Eso es, curarse
con lágrimas un dolor. (Pausa.)
Pero el secreto conviene;
hasta encontrar el consuelo
el alma sufra y se apene.

ESCENA IX.

ANTONIO y JULIO.

Julio. Buenas noches.

ANT. Julio! (Viene
como llovido del cielo!)
(Julio viene en el mismo traje del acto segundo.
Muy decente, pero no muy elegante.)
JULIO. Qué lujo! Cuánta elegancia!
Qué salones tan espléndidos!
Viendo mi traje á la luz
de esos candelabros régios
de vestir estos harapos,
no lo oculto, me avergüenzo.
ANT. (Habla con sinceridad?...)
JULIO. Si no se deshonra el dueño,
yo le suplico que abrace
á su antiguo compañero.
ANT. Julio! Deshonrarme yo! (Se abrazan.)
JULIO. En tu frente miro impreso
el sello de la alegría, (Ironía.)
el goce tranquilo y quieto
que dan el buen proceder,
la abundancia y el sosiego
de una conciencia serena.
Te felicito por ello.
ANT. No debo dejar que sigas
si no es tu labio sincero,
y si lo es, de tu ignorancia
burlarme, Julio, no debo.
En uno ó en otro caso
la verdad decirte quiero.
JULIO. Cuál es la verdad?
ANT. Que yo,
con vergüenza lo confieso,
estoy arruinado Julio;
el mobiliario soberbio
que ves, las mismas alhajas
falsificadas ya ha tiempo
con que mi mujer se adorna,
todo ese aparato régio
nada es mio, están mis rentas
y mi capital deshechos,
y hasta mi honra es esclava
de sórdidos usureros.
JULIO. (Con acritud.) Lo sabía.

ANT. Lo sabías?

JULIO. Sí señor, vine por eso.
De otra suerte no viniera.
Otra levita no tengo, (Con fuerza.)
y debo temer sin duda
que la manche este aire infecto,
porque yo todos los dias
hacerme ropa no puedo.

ANT. Julio!

JULIO. Antonio!

ANT. (Cambiando de aire.) Ten piedad!
Puede salvarme un esfuerzo.
Don Próspero es millonario.
Celebrado el casamiento,
su capital será el áncora
de salvacion; yo te ruego
que para sagrado asunto
me prestes algun dinero. (Con cierto temor.)

JULIO. Imposible!

ANT. Qué me dices?
No lo tienes?

JULIO. Si lo tengo,
y es mio. Mas tras la afrenta
de verte pedir un préstamo,
quiero que escuches la doble
de que hacértelo no quiero.
Para qué lo necesitas?
Para que ese mundo necio
no te critique esta noche
viendo burlado el festejo?
Manjares! Yo no los como!
Gran vino! Yo no lo bebo.
(Ligera pausa.)
Forma un padre un capital,
muere y pasa á un heredero,
presumido y casquivano,
y en su ceguedad, creyendo
que no ha de acabarse nunca
el jugo de sus terrenos,
triunfa, gasta, dilapida,
se casa, al yugo sujeto
de mujeriles caprichos

ó de insensatos deseos.
Carácter débil, el mal
no sabe cortar á tiempo
sin ver que esos caractéres,
tratándose de este sexo,
del crímen que se perpetra
son cómplices cuando ménos.
Tan malo es quien hace el crímen
como aquel que deja hacerlo!

ANT. (Tiene razon. Es verdad!
en pena y dolor me anego!)

JULIO. Llega por fin la miseria
tras el acompañamiento
de la usura, de los agios,
tal vez del delito feo,
y sumido en la pobreza
y en el deshonor envuelto,
como moneda corriente,
como perfecto derecho,
sin ver que hay en cada esquina
una madre con su hijuelo
con lágrimas en los ojos,
mendrugos de pan pidiendo
para el que muere de frio
sobre el aterido seno;
acércase á la honradez
que formó un caudal modesto;
y sin morir de vergüenza
se atreve á pedir un préstamo.
Cien veces diré que no!
No he robado lo que tengo;
para un padre ó para un hijo
se pide no más dinero! (Pausa.)

ANT. Es verdad cuanto me dices.
Corrí por el mundo ciego.
Ya no pido para mí,
para mi hijo! (Implorándolo.)

JULIO. No te creo!

ANT. Yo te juro que es verdad.

JULIO. (Feroz.) Dónde está mi ahijado?

ANT. (Con timidez y dudas.) Lejos;
al pueblo... con la nodriza.

Diez meses que no le veo.
(*Bajando los ojos.*)

JULIO. Y á decírmelo se atreve!
Ardides sin duda y cuentos.

ANT. Desconfías de mi súplica?

JULIO. Cuando se llega á tu extremo,
con el nombre de los hijos
se hace un tráfico grosero.

ANT. Julio, acredite esta carta
que es verdad lo que te cuento.
(*Julio arrebata la carta.*)

ULIO. Lo sé; si vengo por ella. (*Con fuerza.*)
Si el señor cura del pueblo,
sabiendo que soy padrino
de tu inocente pequeño, (*Otra carta.*)
ésta me dirige en vista
de tu criminal silencio.
No tienes perdon de Dios!
Si es tu corazon perverso! (*Fuera de sí.*)
De rodillas el magnate
á los piés del pordiosero!
(*Le hace caer de rodillas.*)

ESCENA X.

DICHOS, DOÑA ELENA, ELISA, ENRIQUETA, D. PRÓSPERO, *y poco á poco todo el acompañamiento, incluso el escribano del acto anterior, que está al lado de D. Próspero.*

ELENA. Pero qué voces son estas?
(Calla! Está aquí el estafermo?)
(*Á Julio, con mal modo.*)
Con el permiso de quién
ha entrado usted, caballero?

JULIO. Con el mio, que no es poco.
Venid á oir un secreto (*Destemplado.*)
que interesa á todo el mundo.

ELENA. Qué escándalo! Por qué es esto?

JULIO. Porque quiero publicarlo,
porque es preciso. Silencio!
Antonio está en la miseria. (*Sensacion.*)

ULEN. Es falso! (*Con fuerza.*)

JULIO. Yo lo mantengo.
ELENA. Créanme ustedes á mí.
(Yendo á unos y á otros.)
Eso es calumnia! Tenemos
mejor posicion que nunca!
JULIO. Lo afirma usté?
ELENA. Y lo sostengo.
JULIO. Entónces doble es el crímen,
es inaudito, es horrendo!
Ved la carta que me escribe
el señor cura del pueblo,
donde estas gentes mandaron
sin duda como deshecho
para que no incomodara,
al hijo que les dió el cielo. (Pausa.)
(Lee.) «La nodriza por reveses
»de salud se halla postrada,
»y le faltan intereses,
»pues ya va para seis meses
»que no coge su soldada.
»No debo callarlo, no,
»porque hasta inpiedad sería;
»el niño me enterneció,
»y hoy por hoy lo tengo yo
»*de limosna* en la abadía.
»Dios nos abrirá camino.
»El frio empieza á inquietarle,
»y aunque yo hácia el bien me inclino,
»no tengo, señor padrino,
»ropita con que abrigarle.
(Algunos empiezan á secarse las lágrimas.)
»El pobre no está muy bueno,
»que viva es extraordinario,
»porque pasa, de hambre lleno,
»á tomar de seno en seno
»el sustento necesario.
»Mi corta paga bendita
»partimos entre los dos:
»si su madre es pobrecita,
»mande usté una limosnita
»por el santo amor de Dios.» (Llorando.)
ENRIQ. (Con arranque.)

Juro por el Dios celeste
que lo ignoré. Dios bendito!
Y en las madres hay un grito
que siempre es verdad: es éste!
Me lo ocultaron! Si no
diga el llanto en que me aflijo;
si viendo desnudo á mi hijo,
vistiera de seda yo!
Yo, que de cariño loca,
ropa no habiendo que darle,
fuera capaz de abrigarle
con hálitos de mi boca.
Nadie á negarlo se atreva. (Altiva.)
Juro por mi salvacion...
Á qué tanta informacion.
No soy madre? Qué más prueba?
Ya me da crédito; mira,
Julio, sabe, mal que os cuadre,
que entre un hijo y Dios no hay madre
que pronuncie una mentira.
(Con la mano sobre el corazon y agarrándose á Julio.)

JULIO. Y en vez de callar, ladinos?...
(Á Doña Elena y á Julio.)

ELENA. Si ya intentamos enviar...
mas no es fácil transitar
con la nieve los caminos.

JULIO. Para ello no cien jornales,
vive Dios, se necesitan!
(Arranque.)
No hay nieve que no derritan
las lágrimas paternales.
Cuando el hombre dice, quiero,
potente es su voluntad.

ELENA. Á qué es mentir? la verdad,
no teníamos dinero.

ENRIQ. Poco el decirlo te cuesta,
pues con los ojos enjutos...
Hé aquí, señora, los frutos
de tu educacion funesta.
La culpa la tengo yo,
que incauta tu voz oí,

que tus consejos seguí.
Por tu culpa...

JULIO. (Como horrorizado.) No! Eso no.
(Sentencioso y con tranquilidad.)
Desde las regiones altas,
la voz del Señor nos dijo,
que del padre debe el hijo
respetar hasta las faltas.
Si alguna al padre sombrea,
le toca juzgarla al cielo;
al hijo correrle un velo
para que nadie la vea.
No es buen hijo quien la ensancha
á fin de dejarla ver.
Ni él mismo debe creer
que es verdad aquella mancha!
Diz la ley, de Dios en pos,
honrarás á padre y madre.
Con sólo dudar de un padre
se falta á la ley de Dios! (Pausa.)
(Á Enriqueta.)
Enrique, con un cariño
cual si usted fuera su hermana,
ha salido esta mañana
á traer nuevas del niño.

ENRIQ. Ojalá me alivié el peso
del alma, un infeliz anuncio!

ELISA. Mamá... á la boda renuncio.

ELENA. Hija mia, cómo es eso?
Conque desairada sobre...
La vida harás que me cueste!

ELISA. Si el premio del lujo es este
yo quiero un marido pobre.

ELENA. Se evapora tu ambicion.
Por qué? Yo quiero que explique...

ELISA. Pues no ves que adoro á Enrique
con todo mi corazon?
(Aparece Enrique por la derecha. Oye la frase. Movimiento de Doña Elena.)
Déjame la voluntad!
Harto vivió prisionera!
¡Que salga una vez siquiera

de mis labios la verdad!
(Arranque de sinceridad.)

ESCENA XI.

DICHOS y ENRIQUE.

ENRIQ. Elisa!
ELISA. Enrique!
JULIO. Los dos...
(Los junta y los abraza.)
ENRIQ. Y el niño? (Gran interés)
ENRIQUE. Querida hermana,
Vive y llegará mañana.
ENRIQ. Bendito mil veces Dios.
¡Qué rica felicidad!
De gozo inunda la nueva.
Cuando Dios me ayuda es prueba
de que dije la verdad.
JULIO. Mandé por ese camino
un socorro al desdichado.
Para salvar á su ahijado
la huchita rompió el padrino. (Á Doña Elena.)
Y aún le reservo un caudal
y no en monedas de cobre.
Para ser padrino pobre
no me he portado muy mal.
Libres vuelven tus amores.
Gozad plácida alegría. (Á Elisa.)
PROSP. (Pues señor, llegó la mia!
Una palabra, señores?
ELISA. (Qué será?)
JULIO. (Algun despropósito.)
PROSP. Decir debo aunque avergüence...
que ántes de las doce, vence
su escritura de depósito. (Á Antonio.)
(Saca una, la toma Julio.)
No su posicion envidio!...
ANT. No puedo pagar...
ENRIQUE. (Mal paso.)
PROSP. La insolvencia en este caso
tiene pena de presidio. (Con hipocresía.)

ELENA. Pero el que paga...
PROSP. Está absuelto.
ELENA. Entónces poca es la pena.
JULIO. (Á dónde va doña Elena
con un aire tan resuelto?)
(Doña Elena saca una cajita del secreter.)
ELENA. Si hubiera usted empezado
por ahí... Qué? (Viendo vacía la caja.)
ENRIQ. Jesús María!
Está la caja vacía.
Dios mio, nos han robado!
PROSP. Buena comedia.
ENRIQ. Ay de mí
y de mi pobre marido!
PEPITA. (Sale saltando como una chiquilla.)
Tú acertaste con el nido,
pero el pájaro está aquí.
(Haciendo sonar dinero en una hucha. Rie mucho.)
ELENA. Aquí el dinero no estaba?
Yo hubiera jurado ver...
PEPITA. Tú me le viste esconder,
pero no que lo sacaba.
Con tu genio gastador
mi dinero ya Dios sabe.
ELENA. Por qué negabas la llave?
PEPITA. Para engañarte mejor.
Yo que mañana iba á hacer
con un dinero contante... (Con cierta pena.)
Corriente, más adelante (Con resolucion.)
me vestiré de mujer.
En fin, tome usted...
(Da el dinero á D. Próspero.)
JULIO. Qué chica!
PEPITA. Y guárdele usté, señor.
Sería mucho peor
que se gastara en botica.
Con gloria del lance salgo
y los resultados toco.
Dar de cenar es muy poco,
salvar una honra es algo.
De qué modo tan sencillo
he curado aquí una pena.

Ves tú qué cosa tan buena
es guardar un rinconcillo?

JULIO. Buena leccion!

ELENA. Qué escarmiento!
Viví ciega... así se explica.

JULIO. Un Jordan que purifica
es el arrepentimiento.
Con gozo el alma te escucha.
Dad ménos culto á la moda.

ELISA. Yo por regalo de boda...

JULIO. Qué me dices?

ELISA. (Con gracia é ingenuidad.) Qué? Una hucha.

JULIO. Hoy tu redencion empieza,
la tuya y la de los dos.
(Enriqueta y Doña Elena.)
Qué ménos puede hacer Dios
que dejarte en la pobreza? (Á Antonio.)
Y si benigno ha salvado
á vuestro hijuelo querido,
es porque habeis delinquido
sin conciencia del pecado.
Desde hoy otra vida empieza
que vuestra dicha asegura.
Lejos de casa la usura
que ha usurpado tu riqueza.
(Por D. Próspero, á quien todos miran con desden.)
Trabajo y economía;
así no podeis vivir.
Pensad en el porvenir.
Basta de vivir al dia.
Hucha, hermanos, hucha, hermana,
sólo este consejo os doy.
No olvideis que tras el hoy,
llega el dia de mañana.

FIN DE LA COMEDIA.

AUMENTO A LA ADICION DE 26 DE NOVIEMBRE DE 1875.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Cesante y apaleado	1	D. Armengol Marqués	Todo.
Contra soberbia humildad	1	Juan de Alba	»
Don Rufo Revueltas	1	Luis Pacheco	»
El grano de arena	1	E. Jackson Cortés	»
El único ejemplar	1	Miguel Echegaray	»
La mujer de Putifar	1	Juan Bergaño	»
La veleta	1	Luis Pacheco	»
Las lunas del amor	1	R. García Santisteban.	»
Los encantos de la voz	1	Manuel Juan Diana	»
Lucrecia Borges	1	F. Lopez Valois	»
Muertos que resucitan	1	Pedro Escamilla	»
Por un majuelo	1	Luis Pacheco	»
Un sol que nace y un sol que muere	1	Josè Echegaray	»
Desde la Granja á Segovia	2	Emilio Alvarez	»
El nido de la cigüeña	2	Juan Bergaño	»
Las desdichas de un buen mozo	2	N. Serra.	Mitad.
Los alfilerazos	2	S. María Granés	Todo.
Figuras de cera	3	José Marco	»
Las fiestas del hogar	3	Sres. E. Alvarez y Ricardo Puente y Brañas	»
El verdugo de mi hijo	3	Sres. E. y Alberto E. Rossi	»
La mejor conquista	3	D. Juan José Herranz	»
Tres piés al gato	3	L. Marieno de Larra.	»
Vivir al dia	3	R. María Liern	»
El Florentino	5	Juan Belza	»
ZARZUELAS.			
El fresco de Jordan	1	S. María Granés	Libro.
La Paz	1	R. Puente y Brañas	Libro.
Una conspiracion	1	D. M. Genaro Rentero	Libro.
Entre el alcalde y el rey	3	G. Nuñez de Arce	Libro.
La Marsellesa	3	M. Ferndz. Caballero.	Música

NOTA. Han pasado á la administracion de esta Galería todas las obras de la titulada *El Teatro Económico*, propiedad de los Sres. Don V. Llorente y D. Cárlos Borghini; y dejado de pertenecer la música de la zarzuela en un acto *Als Lladres*, de D. Benito Monfort.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9, y de los Sres. *Hijos de Fé*, Jacometrezo, número 44, y de *Duran*, Carrera de San Gerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.